

MIGUEL ALBERO

ENFERMOS DEL LIBRO
BREVIARIO PERSONAL DE BIBLIOPATÍAS
PROPIAS Y AJENAS

Segunda edición

Prólogo de JUAN BONILLA



ASOCIACIÓN
«AMIGOS DEL LIBRO ANTIGUO»
SEVILLA



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2013

Serie: Abierta

Núm.: 61

1.ª Edición: 2009

2.ª Edición: 2013

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director del Secretariado de Publicaciones)
Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Carmen Barroso Castro
Jaime Domínguez Abascal
José Luis Escacena Carrasco
Enrique Figueroa Clemente
Mª Pilar Malet Maenner
Inés Mª Martín Lacave
Antonio Merchán Álvarez
Carmen de Mora Valcárcel
Mª del Carmen Osuna Fernández
Juan José Sendra Salas

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: Lad reading the History of London, October 8, 1940
London. AP IMAGES

© UNIVERSIDAD DE SEVILLA
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES 2013
Porvenir, 27 - Tlf. 95 448 74 47 - 51 - Fax 95 448 74 43
Correo electrónico: secpub4@us.es
Web: <<http://www.publius.us.es>>

© MIGUEL ALBERO SUÁREZ 2013

ISBN: 978-84-472-1513-3
DEPÓSITO LEGAL: SE 2037-2013

IMPRIEME: IMPRENTA KADMOS - SALAMANCA
Impreso en papel ecológico
Impreso en España

*A la memoria del Profesor,
que me enseñó a apreciar el valor de los libros
y también de las palabras.
Más años pasan, más te echo de menos.*

ÍNDICE

Prólogo de JUAN BONILLA: LA BIBLIOTECA INVISIBLE	13
I. A MODO DE JUSTIFICACIÓN	23
II. LECTORES EN LIBRO AJENO: LA BIBLIOCLEPTOMANÍA, SUS PARTIDARIOS Y PRACTICANTES	29
1. Bibliópata y además ladrón, breve definición de un delito con buena prensa	29
2. La innoble raza de los prestatarios	30
3. Tipología del ladrón de libros	32
4. Prevenciones hermosas pero inútiles, hay advertencias que no sirven para nada.....	34
5. Ladrones ilustres, ladrones famosos	37
– El Conde Libri, patrón de los bibliocleptómanos	37
– El mítico Gallardo, el primer bibliopirata con derecho a ese nombre	42
– Stephen Blumberg, el primero del escalafón.....	47
– Susan Horn, o cómo robar libros sin abandonar tu puesto de trabajo	50
– En todas partes cuecen habas. En Dinamarca también se roban libros	52
– El ladrón de San Odile; al menos uno merece más un premio que la cárcel	53
6. Los escritores y el robo	54
– Bolaño-Fresán, la conexión sudamericana	54
– James Ellroy, o el robo como terapia antinazi	56
– Ladrones españoles, botones de una larga muestra	57
7. La intrabibliocleptomanía, el robo de libros dentro de los libros	60

III. A BUEN HAMBRE, NO HAY TAPA DURA NI NECESIDAD DE SABER LEER: DE LA BIBLIOFAGIA Y SUS INTESTINALES CONSECUENCIAS.....	63
1. En busca de una definición sin metáfora. La bibliofagia como actividad real	63
2. Enfermedades de alcurmia: el origen bíblico de la bibliofagia.....	65
3. Entre la tierra y el papel: breves notas sobre la bibliofagia clínica.....	71
4. Comer para sanar, comer para gozar: bibliofagia saludable.....	73
5. Haberlos haylos o, al menos, los ha habido: flor o florecilla de bibliófagos reales	75
– Melenick II, la bibliofagia como terapia.....	75
– Animales bibliófagos, o el libro como dieta	77
– Reinking y Oldenburger, cuidado con lo que escribes si no te gusta el papel	80
6. El enemigo está dentro. Bibliófagos en la literatura	83
– La bibliofagia en la literatura infantil; la boa de <i>El Principito</i> se come <i>El Principito</i>	83
– Bibliófagos en las novelas; si te comes la tuya propia, dejas de existir.....	84
IV. LA BIBLIOFOBIA, O QUITA DE AQUÍ ESE LIBRO QUE NO LO TRAGO	89
1. Bibliofobia, límites de una aversión	89
2. Formas de bibliofobia, variantes de la aversión libresca.....	91
– Monobibliofobia o bibliofobia monográfica, la aversión selectiva	91
– Bibliofobia coyuntural, una aversión temporal y felizmente pasajera	92
– Bibliofobia clínica, el libro como prefijo o como excusa.....	94
– Bibliofobia sobrevenida, los malos profesores y sus nefastas consecuencias.....	97
V. QUEMA, QUE ASÍ NADA QUEDA: DE LA BIBLIOLASTIA O DESTRUCCIÓN DE LIBROS	103
1. La biblioclastia, una bibliofobia activa que deviene patología indeseable	103

2.	Formas del horror; hasta en la biblioclastia hay clases	107
3.	El Progreso es mentira, la historia de la humanidad como historia de la biblioclastia.....	109
	– Schi Huang-Ti, el biblioclasta de ficción	109
	– La muy pirómana Inquisición y su biblioclastia selectiva	112
	– La quema de libros en la Alemania nazi; cuanto más cerca está el fuego, más nos quema.....	119
	– Augusto Pinochet, el biblioclasta bibliófilo.....	120
	– Y de Chile a Argentina, cruzar los Andes y seguir quemando	122
	– Carl Richardson, el biblioclasta ocasional por amor al arte	125
4.	La biblioclastia literaria, el pirómano vive en casa .	129
	– La hoguera de libros del <i>Quijote</i> y sus variadas interpretaciones	129
	– <i>Fahrenheit 451</i> , ciencia ficción y libros quemados	134
VI.	LIBRO VEO, LIBRO QUIERO: DE LA BIBLIOFILIA, MADRE DE TODOS LOS MALES, ENFERMEDAD O PASATIEMPO.....	139
1.	Bibliofilia y Bibliomanía. Kramer contra Kramer....	139
	– Ensayo de definición, esbozo de separación	139
	– Bibliofilia y bibliomanía, una vieja disputa de lindes, un histórico problema vecinal	147
2.	No hay bibliofilia sin colección, ni hortera sin transistor	151
	– El coleccionismo, tara censurable o sana afición	151
	– El completista, el bibliófilo dipsómano.....	156
3.	Refutación sin elogio del incunable, ese confuso objeto del deseo	158
	– Incunable, en la definición está el problema	158
	– Cuantos más, mejor, la fiebre cuantitativa del incunable	161
	– Refutación del incunable, neguemos la mayor..	164
4.	Cinco dedos de una mano, un bibliófilo por siglo.	167
	– Siglo XVI: Hernando Colón, el bastardo visionario, un bibliotecario adelantado.....	168
	– Siglo XVII: Samuel Pepys, un bloguero bibliófilo, cuando el tamaño importa y mucho	172

– Siglo XVIII: Denis Diderot, o cómo desprender- te de tu preciada biblioteca	177
– Siglo XIX: Thomas Phillipps, guárdeme una cría o, al menos, un mechón	179
– Siglo XX: Alfred Chester Beatty, el coleccionista de pico y barrena, de la mina al papiro, del pa- piro a Dublín	183
VII. LOS DEVOTOS DE SU ALTEZA, O LA PASIÓN POR LAS PRIMERAS EDICIONES	187
1. Defensa sin previo ataque de los Devotos de su Al- teza	187
– El objeto del deseo y su nombre adecuado	188
– Por qué somos los mejores, entre el libro conti- nente y el contenido; a quién quieres más, a tu padre o a tu madre	191
2. El valor de las primeras, o más bien su precio.....	195
– Precio y valor, materiales para una receta	195
– Salir en la foto, la importancia de figurar en el canon	197
– La antigüedad es un grado	201
– Por una vez la escasez es un premio	202
• Rareza graduada	202
• El libro imposible.....	205
• Causas de la escasez.....	207
– Presencias y ausencias	208
– Un último matiz, el cromo que me falta	213
3. Una historia real; hay aficiones que matan si no se cultivan con mesura.....	214
4. De tu propia medicina. Los Devotos en la literatu- ra, un ejemplo sin compasión.....	219
VIII. EPÍLOGO: MUERTO EL PERRO, SEGUIRÁ LA RA- BIA: EL FUTURO DEL LIBRO, EL FUTURO DE LOS BIBLIÓPATAS	225
FE DE APÓCRIFOS	233
NOTICIA DE AGRADECIMIENTOS.....	235

PRÓLOGO

LA BIBLIOTECA INVISIBLE

Como todos los enfermos de coleccionismo de libros, soy propietario de dos bibliotecas: la primera la forman los libros que tengo, la segunda los libros que busco y quisiera tener. La primera se derrama por estanterías que van colonizando la casa, se agiganta en montones improvisados que van formándose poco a poco y esperan un rato de asueto en que sea capaz de acomodarlos: emiten esos volúmenes una secreta biografía que uno será incapaz de poner en pie nunca, una biografía fragmentaria que es difícil compartir, llena de detalles que hilados tal vez arrojarían al imposible espejo de una conciencia que no nos conociera de nada, un retrato exacto de quien uno ha sido. Hay tantas cosas en una biblioteca para su propietario: no es una suma de hileras de libros, sino una vida salteada, por decirlo así, en la que una tarde de tu adolescencia en la que compraste, sólo por lo llamativo de la portada y porque lo que llevabas en los bolsillos era justo lo que pedían por el volumen, un libro de un gran cuentista hoy olvidado como Daniel Sueiro, autor de *Servicio de Navaja*, se da la mano con una madrugada de hace un mes, cuando en una subasta en internet, pujaste con casi todo lo que había en tu cuenta corriente por la primera edición del impresionante *Poemes en Ondes Hertzianas* de Salvat Papasseit. Más allá, en otra estantería, hay una mañana de acero azul en Coral Gables, Miami, y el tostado de tu piel –muchos días de playa– se parece al tostado de la única página desplegable de *Cinco Metros de Poemas* de Carlos Oquendo de Amat, comprado a un cubano que, después de formalizada la compra por 150 dólares, te contó doscientas anécdotas sobre la vida en la Cuba

de Fidel. Y esa mañana queda al lado de una remota tarde de finales de los ochenta, en el Paseo de Recoletos de Madrid, en la que, durante la feria del Libro Viejo en la que estabas de empleado en una caseta, diste con *El tungsteno* y *Rusia 1931* de César Vallejo, volúmenes junto a los cuales está *Trilce*, del propio Vallejo, encontrado de chiripa cuando ya te ibas de un viejo almacén del barrio de Palermo de Buenos Aires, en el que después de dos horas agotadoras de búsqueda no habías encontrado nada que no fuera chatarra para poder decir que no habías perdido el tiempo.

Así podría seguir durante horas, aburriendo al personal. No hace falta. Me gusta mecirme en horas muertas –si es que pueden estar muertas las horas que nos matan– recorriendo la geografía del pasado a través de los volúmenes de mi biblioteca visible. Melancolía se llama esa figura, que según Walter Benjamin, otro enfermo, es el principal motor de todo coleccionismo. Me gusta perderme por los callejones del pasado, volver a aquella librería-burdel que encontré en Quito y de la que he escrito en otra parte, al zaquizamí que era a la vez librería de viejo y peluquería de señoras que encontré por azar en San José de Costa Rica, a los grandes templos del coleccionismo como la librería Ulises de Londres, la Shakespeare and Company en París, la Strand de Nueva York –allí di con las *Nine Stories* de Salinger, con su sobrecubierta blaugrana y la firma del escritor invisible por excelencia–, el edificio del Bronx de Eliseo Torres que pasó a manos de mi amigo Abelardo Linares –y en el que encontré la primera de *Crímenes Ejemplares* de Max Aub–, los almacenes sin fondo de la calle Donceles de México D.F., la librería Biblos de Sao Paulo donde di con *Serafím Ponte Grande* de Oswald de Andrade y con la revista *Klaxon*, la Cuesta de Moyano de Madrid donde he comprado decenas y decenas de libros, el sótano de librerías de la calle Florida (donde di con los ejemplares de *Primavera Portátil* de Adriano del Valle y *El Cementerio Marino* de Paul Valery traducido por Guillén, que Eugenio d’Ors editó en el París de los treinta, en ediciones hermosísimas, con el nombre del propietario de cada ejemplar en la última página: son míos ahora los que fueron de la poetisa Margarita Abella, ejemplar número 1 de una tirada de 300), el rastro Porta Portese de Roma donde me estaban esperando en domingos

distintos *Ver y palpar* de Vicente Huidobro y *Misterio de la Poesía* de César González Ruano. Podría contaros mi vida como si fuese un catálogo de una librería de viejo... Pero no lo haré, de momento.

Pero también tengo, como digo, otra biblioteca: la invisible, la de los libros que busco, que forman mi desiderata, de la que seguramente, de aquí a que me muera, sólo lograré tachar unas cuantas líneas de las muchas que la componen. La desiderata crece de manera desproporcionada, y eso en el fondo, me digo para no compadecerme demasiado, es bueno: es prueba de que no se me ha muerto la curiosidad, de que sigue impaciente y hambrienta, buscando en otros rincones, asomándose a otros nombres, explorando otros idiomas, deseosa de que la acorte, de que tache algunas de las líneas que la componen. En eso consiste esta rara enfermedad: en ir traspasando volúmenes de una biblioteca, la invisible, a la otra, la visible. En hacer el milagroso camino que lleva del deseo a la realidad. La semana pasada, en un altillo de la librería Abadía de Málaga, una de las más bonitas que hay hoy en España, encontré *Sonetos a la Piedra* de Dionisio Ridruejo, con los dibujos de José Caballero, dedicada por el primero al segundo. Una línea menos en mi desiderata.

La biblioteca visible ocupa muchas estanterías, impide que nos mudemos con la frecuencia que quisiéramos, nos ata de alguna manera a una ciudad en la que ya no nos gusta vivir. La biblioteca invisible la llevamos puesta, nos acompaña allá donde vayamos, un poco como al personaje de *Auto de Fe* de Canetti, ese Kien que cada noche se saca todos sus libros de la cabeza y los cubre amorosamente para que no sufran ningún percance, y cada mañana vuelve a colocárselos en su interior para que le acompañen allá donde vaya. En mi biblioteca invisible están *Palacio Salvo*, el primer libro del futurista uruguayo Juvenal Ortiz, y *Radio y Aviación*, los dos libros del estridentista Kyn Taniya, y *El hombre que se comió un autobús* de Alfredo Mario Ferreiro, y *Timón de Atenas* de Wyndham Lewis y *Fervor en Buenos Aires* de Borges, y *Kamera Obscura* de Vladimir Sirin, y *Suenan Timbres* de Luis Vidales y *La luna nona* de Lino Novás Calvo y *Crimen* de Agustín Espinosa y *Yemas de Coco* de Antonio Ortega y *Los gallinazos sin plumas* de Julio Ramón Ribeyro. Podría seguir hasta ocupar todo el espacio

que se me ha concedido. Para ustedes no son más que títulos y nombres: para mí, una cofradía de volúmenes que me aguardan en algún rincón del cada vez más estrecho futuro. Los he visto alguna vez a casi todos ellos, en vitrinas de exposiciones, fotografiados en catálogos imposibles, en las estanterías de algún amigo. Mi biblioteca invisible crece y crece sin que la otra, la real, crezca con igual velocidad. Tantas veces ha sido la biblioteca real la culpable de que la invisible creciera despiadadamente: por ejemplo, una tarde encuentras, en un sótano céntrico de Buenos Aires, un libro del poeta peruano Alberto Hidalgo, auténtico genio de las vanguardias latinoamericanas: el libro se llama *España no existe* y es un divertido y disparatado palo a las esencias españolas y a los nombres de relumbrón de nuestra cultura. Con su adquisición para la biblioteca visible, he adquirido también el ansia de buscar más cosas de Alberto Hidalgo, de perseguirlas, de procurármelas. O sea, un libro para la biblioteca visible y diez o doce para la invisible. En unos meses me haré con algunos libros de Hidalgo –*Química del espíritu, Simplismo, Panoplia Lírica, Las Voces de colores, Hombres y Bestias, Jardín Zoológico, Diario de mi sentimiento*– pero me siguen faltando muchos –*Muertos, Heridos y Contusos, Los Sapos y otras personas, Descripción del cielo*.

Miro mi biblioteca –la real– y, aunque comparada con la invisible me siga pareciendo tan pobre, no sería justo si no aceptase que ha conseguido algunas victorias sobre la biblioteca de los deseos. Autores que conseguí completar, como Julio Camba –me recuerdo en mi época de estudiante buscando sus libros en el Mercado de San Antonio de Barcelona y pensando que nunca jamás iba a ser capaz de tenerlos todos, y ahí están, todos sus libros, juntos, traspasados de la biblioteca invisible a la real–, como Manuel Chaves Nogales, como el gran humorista mexicano Renato Leduc, como Oliverio Girondo, como Pedro Salinas, de quien tengo una edición de su primer libro, *Presagios*, dedicado el 18 de junio de 1924 al gran hispanista Américo Castro, y en mi ejemplar está el ex libris del hispanista, y cada vez que lo abro emerge un rotundo aroma a naranjas, no sé por qué, tal vez sólo sea desinfectante antiguo que huele a naranjas machacadas.

El enfermo de coleccionismo de libros hace bien en no preguntarse por su futuro, en tratar de no imaginar qué le

espera a su biblioteca visible. Tus deudos la venderán para que salgan al viento de los librereros que la dispersarán por el mundo para que recomience otra existencia –es la imagen más pura de la reencarnación que conozco: las bibliotecas despedazadas–, o una Fundación o el Ayuntamiento de tu pueblo la comprará y la guardará en armarios de esos que sólo están al alcance de estudiosos –la biblioteca de Cortázar en la Juan March, sólo al alcance de los estudiosos de Cortázar. Prefiero la primera opción para mi biblioteca visible, de veras. Que las piezas que la componen recorran de nuevo el mundo, y acaben cada cual en una biblioteca distinta, en un mercadillo a la intemperie –como el maravilloso Tristán Narvaja de Montevideo– donde esperarán la mano que los salve, donde le den una alegría a un desconocido que acaso aún no ha nacido o ya se estará muriendo, o en un catálogo de librero que sabe muy bien lo que está vendiendo y multiplicará por cien lo que pagó por una pieza. Que una madrugada cualquiera del inverosímil futuro, alguien, en alguna parte del mundo, puje desde su computadora para procurarse este ejemplar de *Presagios* de Pedro Salinas, que fue de Américo Castro y que fue mío, y que sea de quien sea en el futuro, seguirá oliendo a naranjas machacadas. Y al pujar por él y obtenerlo, ese desconocido tache por fin una línea de su biblioteca invisible, traspasando con este volumen que ahora está en mi mesa y que estará alguna vez en la mesa de otro enfermo como yo, la barrera colosal que hay entre los deseos y las realidades.

En cuanto a mi biblioteca invisible, me la llevaré conmigo, formidable lista de deseos incumplidos, de volúmenes que no llegué a alcanzar, a los que no fui capaz de darles visibilidad y un lugar en una de las estanterías de mi biblioteca. (Última hora: mi librero cubano de Miami me avisa que le ha entrado *Yemas de Coco* de Antonio Ortega y que lo tasa en 60 \$. Una línea menos de mi biblioteca invisible, un volumen más para la visible).

Otro de los libros que figuraban en mi biblioteca invisible era uno dedicado, precisamente, a quienes tenemos bibliotecas invisibles y por lo tanto padecemos la enfermedad del libro. Un examen de la enfermedad tachonado de historias que funcionaran a manera de ejemplos. Figuraba, digo bien, porque ha pasado de una a otra biblioteca: aquí está, lo firma

Miguel Albero, mezcla con demasiada prudencia realidad y ficción (yo hubiera preferido que no diera pistas acerca del número de inventos que se ha atrevido a colarnos, pero le ha podido la responsabilidad), y es uno de esos trabajos que se empeñan en demostrar que la erudición puede ser divertida para alguien más que para el que se dedica a ella.

Con Miguel Albero he hablado muchas veces de esta enfermedad nuestra y de nuestras respectivas bibliotecas invisibles. En mi biblioteca invisible por ejemplo hay libros de Borges que están en su biblioteca visible: tiene *El Tamaño de mi esperanza*, tiene *Inquisiciones*, tiene *El idioma de los argentinos*. Cuando vivía en Mendoza, trabó relaciones con uno de esos pocos libreros que no piensan nunca ceder a Internet, y desde entonces el librero le manda de vez en cuando inopinadas cajas de libros en los que se encuentra de todo, desde libros de Roberto Arlt encuadernados por alumnos párvulos de pretecnología hasta un Leopoldo Marechal acuchillado que debió salvarle la vida a alguien –imposible no imaginar a dos malavos peleando, un cuchillo viajando hasta el corazón de alguien, y un libro amortiguando el golpe y salvando una vida. Como a todos los bibliófilos del mundo, a Miguel Albero también le han sucedido cosas extraordinarias, como encontrarse con un vendedor de primeras de Nabokov, Greene, Cheever y otros maestros americanos, en pleno parque de Yellowstone. Pero al revés que la inmensa mayoría de bibliófilos, Miguel Albero sabe contar sus andanzas –y algún día tendría que ponerse a ello– porque es un narrador de raza (no se pierdan su novela *Principiantes*, es la única suya que se puede conseguir por ahora), capacitado para el difícil arte de instruir deleitando, como se demostrará en las páginas que siguen.

En *Enfermos del libro* hace un ordenado repaso a las distintas y distinguidas categorías que pueblan el infierno del coleccionista. Es fácil intuir por qué su libro es tan bueno: puede asomarse a él cualquiera que no padezca ninguna enfermedad libresca, y se lo pasará igual de bien que todo el que pertenezca a alguna de las categorías examinadas. Después de saborearlo, ciertamente, el enfermo se sentirá menos solo, y quizá un poco más ridículo de lo que se sentía antes. Al menos así me he sentido yo. Pero lo esencial para mí es que gracias a este libro, podré tachar una línea más de mi biblioteca

La biblioteca invisible

invisible: Miguel Albero me ha hecho el favor de traspasar un libro que quería conseguir, pero no había conseguido aún por la sencilla razón de que no existía, desde mi biblioteca invisible a la real. Y cualquier enfermo del libro sabe que ése es el mejor regalo que puede hacerse a un bibliófilo.

JUAN BONILLA

ENFERMOS DEL LIBRO
BREVIARIO PERSONAL DE BIBLIOPATÍAS
PROPIAS Y AJENAS



I

A MODO DE JUSTIFICACIÓN

Es cosa bien conocida que la racionalización del sufrimiento no consigue eliminarlo, pero sí logra en algunos casos atemperar o, al menos, modular sus efectos, aunque sólo sea por el hecho de que quien racionaliza está reflexionando y, al hacerlo, se olvida si cabe por un breve tiempo de ese sufrimiento que constituye el objeto de la reflexión, piensa en el sufrimiento y así no sufre. Es cierto que reflexión y patología pueden en ocasiones ir de la mano y así como el alcohólico es bien capaz de divagar sobre su adicción mientras consume combinados, también el cleptómano puede dedicarse a estudiar las causas de su mal mientras introduce bajo su abrigo un pijama de rayas que nunca se pondrá. Pero no es menos verdad que este último corre el riesgo de ser detenido, porque, si se concentra más en pensar en su enfermedad que en proceder al robo sin ser visto puede terminar con sus huesos entre rejas, con otro pijama de otras rayas y de una calidad de tejido muy inferior a la del que pensaba llevarse por la cara.

Sucede asimismo que la identificación del mal propio y su posterior bautismo científico, o dicho de otro modo, el darle nombre y apellidos ilustres a la tara o dolencia personal, a ser posible de origen grecorromano, alivia sin duda al que la padece, pues procura todo el prestigio de la ciencia a algo muchas veces banal y a menudo vulgar, siglos de investigación que han permitido llamar cefalea al muy simple y tantas veces recurrente dolor de cabeza. Y sí, de nuevo es cierto, puede que el dolor no desaparezca tras ese bautismo sin agua, incluso es probable que continúe pertinaz aun mediando una ingestión masiva de paracetamol, pero cómo negar que saber el nombre

científico lo cambia todo. Porque no es lo mismo contarle al vecino que te estalla la cabeza que informarle de modo solemne que uno sufre una cefalea aguda, según el acertado diagnóstico del doctor Lasarre, Jefe de Medicina Interna del Hospital Provincial. En este segundo caso, el paciente se sitúa en un nivel de superioridad frente a su interlocutor; la cefalea aguda, como los automóviles de lujo, no son cosas que estén al alcance de cualquiera, le viene a decir a su vecino. La salud, ésa misma de la que tú disfrutas, es al cabo una ordinariez propia de gente sin recursos.

Así como el noble se aficiona a la heráldica y a comparar sus blasones y arbustos genealógicos con los de otros, el enfermo inquieto analiza su patología y sus semejanzas con las adyacentes, distingue e identifica síntomas, clasifica efectos secundarios, establece listas comparativas con balsámicas ventajas y dolorosos inconvenientes. Éste es mi caso, pues de todas las patologías que se analizarán a continuación una me es bien conocida por sufrirla yo mismo, sepan para su tranquilidad que no es de las menos simpáticas. "*Devotos de su Alteza*", así nos llama un amigo a los que coleccionamos primeras ediciones de nuestros escritores favoritos, por ser la *príncipe* la edición primera, y por ser nosotros partidarios y buscadores de ésta. Y así como el que sufre seborrea se consuela pensando que existen otras muchas enfermedades dermatológicas peores que la suya y puede terminar por convertirse en un conocedor de las mismas, tan sólo sea por ubicar la que padece y de paso ubicarse a sí mismo, yo he querido indagar en las otras bibliopatías y ofrecer al lector el resultado de esa investigación, para que lo comparta conmigo, por si comparte también alguno de los males.

Una vez vistos los motivos, se impone ahora hablar del contenido para perfilar los contornos de este ensayo, y quizás convenga empezar por aclarar que las que aquí se describirán son las enfermedades del libro, aquéllas que afectan a quienes entran en contacto con él, pero no al libro mismo, patologías que tienen que ver con el libro, pero cuyos pacientes no son libros sino personas. Con ello no pretendemos afirmar que los libros no puedan también sufrir enfermedades, aunque en puridad por su carácter de bien mueble y no de persona deberíamos llamarlos con más rigor procesos de deterioro,

que merman su condición de libros, impidiendo su lectura y acelerando su destrucción. Pero el estudio de las mismas quedará fuera de este Breviario, no esperen encontrarse aquí con las causas y tratamiento de la bibliitis –inflamación del libro– así que, si este mismo volumen que ahora leen empieza a hincharse sin motivo, les sugiero que acudan a un especialista, pero no al índice del Breviario.

Siguiendo con la definición negativa de este ensayo, esto es, anunciando lo que el libro *no es*, por si así logramos dibujar aquello que *sí es*, tal vez sea necesario aclarar que no se analizará aquí la suerte de los llamados profesionales del libro, entre otros los bibliotecarios, encargados de su custodia, y los bibliópolas, término hermoso para definir a los traficantes del libro, a quienes más vulgarmente denominamos libreros. Y eso que ellos, como los propios escritores que los perpetran, al estar en contacto profesional con el libro, están sin duda más expuestos a las distintas bibliopatías, pero aun así no merecerán aquí tratamiento específico, pues aunque algunos pueden pensar que esas profesiones son también enfermedades, al ser enfermos quienes las ejercen, al tratarse de bibliopatías remuneradas se distinguen de las que sufren los demás; por ese camino terminaríamos por concluir que toda profesión es patología, que todo oficio es enfermedad.

Descrito someramente lo que el libro no aborda, urge ahora precisar aquello que sí contiene, no vaya a ser que por la vía de la negación rellenemos páginas interminables, desgranando todo aquello que *no* puede encontrarse en el libro, y *eso* que *no* puede encontrarse en el libro termine por constituir al cabo el libro, con un epílogo donde el autor se queja con amargura de cómo la falta de tiempo y espacio y las sucesivas aclaraciones previas le han impedido entrar en materia. Pues bien, están ustedes ante un *Breviario*, no porque contenga un compendio de liturgia religiosa, sino porque breve es, porque carece de vocación de *Tratado*, ni siquiera de *Manual*, mucho menos de *Enciclopedia*. Un *Breviario* que trata de diseccionar las bibliopatías y que es *personal*, pues no pretende ser científico, aunque sí riguroso y ordenado, siendo su finalidad no sólo la ya mencionada de ayudar al autor a entender su patología y a compararla con otras, sino la de poner a disposición del lector información relativa a estas enfermedades a veces

desconocidas, por si padeciera ya una y se viera retratado, o por si es hipocondríaco y anda falto de género y quiere adquirir una a bajo precio. Así que el contenido positivo de este libro, aquél que no viene definido por las ausencias, consiste en una información detallada sobre los enfermos del libro y sus patologías, con ejemplos, descripciones, tratamientos, casos divertidos, otros terribles, todo un mundo que comprobarán cómo es ancho, pero no siempre ajeno.

En cuanto al orden en el que las enfermedades serán examinadas, he decidido, para no terminar mal, empezar por las enfermedades menos agradables; así, la bibliocleptomanía, la bibliofagia y la bibliofobia, con su perversa vertiente de la biblioclastia, constituirán los cuatro primeros capítulos del ensayo. Después será la bibliofilia, la madre de todas las bibliopatías, la que ocupe el espacio central con su multitud de matices, con sus ejemplos notables y con un apartado especial dedicado a quienes coleccionan primeras ediciones. Y para que de nada falte habrá al final un epílogo, que tratará de indagar sobre el futuro de estas patologías con nombre propio.

Un último apunte, que lo es sobre las fuentes de este Brevariario. Como ya he escrito, he intentado ser ordenado, como no he adelantado todavía (lo hago ahora mismo) no he pretendido ser exhaustivo. He utilizado las fuentes a mi alcance, los datos que provienen de mi experiencia y de mi biblioteca, las que me ha dictado la memoria y las que he encontrado en mis libros o buceando en internet, un instrumento de investigación muy denostado por los científicos como fuente fiable, pero vivo al cabo, vivo y plural, dispuesto a proveerle a uno de nutrida información si es que sabe lo que busca, y también a abrir caminos nuevos a poco que te descuides. A lo largo del texto aparecerán citadas cada una de estas fuentes, por si el lector quiere abundar en ellas, también para que cada quien figure como corresponde y, cómo no, para que cada palo aguante su vela, por mucho que el barco lo sea a motor. La desventaja indudable de las fuentes que están en la Red es que su naturaleza es más efímera que la del libro, pero he querido incluirlas por su ventaja también indudable de poder ser consultadas desde cualquier lugar y en cualquier momento, y no como esas estupendas bibliografías que a veces se aportan en los ensayos y que nunca están al alcance del lector. Pero debo dejar claro que no he pretendido recoger *todas* las

enfermedades y tampoco *todos* los enfermos, ni tan siquiera los más ni las más significativas, al fin y al cabo éste es un Breviario *personal* y el adjetivo me permite con su matiz obrar como me venga en gana.

El lector avezado o romo comprobará si se toma la molestia de indagar en esas fuentes, que hay en este Breviario algún caso o cita inventados, a menudo mucho más creíbles que el verificable con la fuerza de los datos contrastados. No se equivoquen, no se trata de un juego, no pretendo que el lector vaya descubriendo las pistas para llegar al tesoro, como si esto fuera un campamento de verano, como obran esos escritores de tramas con asesinatos y finales felices, pero sobre todo supuestamente sorprendentes, aunque la sorpresa sólo la lograrían de no pretenderla. No, no es juego y mucho menos concurso, no hay ningún premio para el que completa la lista, encuentra las seis diferencias y gana una docena de jarras de cerveza con el escudo de tu equipo favorito, averigua los enfermos falsos y disfruta de una suscripción gratis del Reader's Digest, el segundo premio son dos suscripciones.

La presencia de la ficción en lo que pretende ser un ensayo, en un texto que *es* un ensayo, obedece más que a un fin lúdico, con premio o sin él, a un doble motivo. El primero es que el autor es amante de la ficción, los Devotos de su Alteza, como ya comprobarán, lo somos todos, y en particular de la ficción contenida en la literatura, no en el cine ni en los videojuegos. Y me parece que ésta, la ficción, no se opone a lo real ni lo contradice, más bien lo completa. Y es que, como verán si se animan a seguir estas páginas, hay enfermos del libro que transitan más por el terreno de la fantasía que por el de la realidad, por mucho que vivan o vivieran, su condición fantástica no viene determinada por su existencia física, aparece más bien marcada por su comportamiento. Vaya pues por delante, que no pretendo con ello engañar a nadie, más bien, insisto, completar o complementar este ensayo que, al ser personal (de nuevo invoco el adjetivo), no es menos cierto ni menos válido por no contener el caso famoso de tal ladrón de libros, ni es menos riguroso por incluir una cita inventada.

Porque, para quienes amamos la literatura, ésta resulta tan real como la vida misma, más real incluso, o forma parte si quieren de nuestra realidad mucho más que otros hechos acaecidos que pueden superar cualquier prueba de existencia

cierta, pero que no forman parte de esa realidad *nuestra*, no sirven para conformarla. Por eso, vuelvo a insistir, me parece indispensable que la ficción acompañe en el camino a la investigación, o sea, mejor dicho, parte integrante de la misma, porque si hemos incluido casos de bibliófagos dentro de los libros, ejemplos de ladrones de libros que son personajes de ficción, toda esa realidad que analizamos no estaría completa sin casos que provengan de la ficción misma aun no escrita, que ayuden a formarnos no una idea de lo que es, no tanto de lo que debería ser, sino más bien de lo que puede ser, y para eso la ficción resulta insustituible. Porque esos ejemplos que no han existido ni han sido hasta ahora escritos, ¿son acaso menos reales que el resto?, ¿importa si los bibliópatas vivieron o no?, ¿no es ése al cabo un elemento irrelevante, perfectamente innecesario?, ¿no debe ser la ficción y no sólo la ajena ya escrita, sino la nuestra y por escribir, parte integrante de cualquier estudio, pieza indispensable en un ensayo?

Pero no se inquieten, por si alguno no comparte esta inclusión de elementos inventados, o le produce zozobra leer un texto sin saber cuán de cierto le cuenta el autor, o está acostumbrado a juegos donde se incluyen las respuestas, al final del libro encontrará para su tranquilidad el listado completo de lo apócrifo. Eso sí, el lector notará que aparece en posición invertida, para que así el ludópata experimente la misma sensación que sufre cuando da vuelta a su diario para ver las soluciones del crucigrama. En efecto, amigo, tú mismo te lo estás diciendo sin decírtelo, estás haciendo trampa, pero como aquí no hay jarras ni suscripción de regalo no pasa nada, nadie va a condenarte por ello, comprobarás por ti mismo cómo los casos inventados son escasos y no más fantásticos que los reales, y puedes hacerlo sin necesidad de terminar el libro, acudiendo ahora mismo a la página 233 (*Fe de apócrifos*), para que así sepas de antemano la fuente de cuanto lees.

Y hechas aclaraciones y advertencias, aquí van las bibliopáticas y sus ejemplos, para que el lector elija si quiere enfermar, para que se alivie por ver su enfermedad retratada o para que se alegre del mal ajeno, deporte de práctica generalizada y escaso reconocimiento. Que ustedes las disfruten.

II

LECTORES EN LIBRO AJENO: LA BIBLIOCLEPTOMANÍA, SUS PARTIDARIOS Y PRACTICANTES

*Lo bueno de robar libros (y no cajas fuertes)
es que uno puede examinar con detenimiento su contenido
antes de perpetrar el delito.*

ROBERTO BOLAÑO

1. BIBLIÓPATA Y ADEMÁS LADRÓN, BREVE DEFINICIÓN DE UN DELITO CON BUENA PRENSA

La bibliocleptomanía es la patología consistente en robar libros, bien sea de la despoblada librería del barrio, de la descuidada biblioteca pública o de la casa sin guarda de un amigo que dejará pronto de serlo. De todas las enfermedades del libro, sin duda ésta es con la biblioclastia la menos graciosa o la que menos gracia nos produce, especialmente si uno es el propietario de los libros sustraídos, aunque como ya veremos es éste un mal que goza de buena salud, no sólo por el número de pacientes sino también por el de partidarios. Porque, ya se sabe, dentro de toda locura hay variedades más simpáticas que otras, mucho más divertido es el esquizofrénico que el paranoico, mucho más agradable y hasta enternecedor nos parece el loco que se arruina por comprar ediciones de *Alicia en el País de las Maravillas* que el que roba manuscritos de la Biblioteca Nacional, ahí la *Gentle Madness*, que es como

Basbanes¹ define a la bibliofilia, pierde su condición de *gentle* para entrar en el terreno de lo delictivo. Y claro, en todo hay matices, no es lo mismo el biblioterrorista, que sería aquél que roba esos manuscritos y debe dar por ello con sus huesos en la cárcel, que el que adquiere sin pagar libros en los grandes almacenes para saciar su sed de lectura; el segundo nos provoca algo de cómplice simpatía, aunque no deje de ser un simpático delincuente, también entre éstos los hay más o menos agradables, no nos resulta igualmente repulsivo un timador con guantes blancos que un asesino en serie.

2. LA INNOBLE RAZA DE LOS PRESTATARIOS

Mención aparte merece el que se queda con los libros prestados y nunca los devuelve, espécimen tan común que resulta una plaga, por eso nunca deben prestarse los libros, es ésa una actividad que debe dejarse para los demás. Créanme, si puedo darles un consejo en esta vida que ya es larga para mí es el siguiente: háganme caso, no presten nunca sus libros, en todo caso regálenlos, quémenlos, empanenlos o cuézanlos al baño María, pero nunca los presten, el acto de préstamo de un libro es el que confirma la frase que reza que ninguna buena acción permanece impune; fríanlos en aceite de oliva, úntelos con crema protectora, hagan con ellos albóndigas o empanadillas, alicaten con sus cubiertas sus baños con inodoro y no con azulejos sin gracia, pero nunca incurran en el vicio de prestar, mucho mejor matar o secuestrar, o tal vez me esté aquí ya pasando de la raya.

En puridad, en este caso, por centrarnos en lo jurídico y dejar lo pasional, que siempre nos pierde, en términos penales estaríamos hablando de una apropiación indebida y no de un hurto o de un robo, pues el sujeto accede al bien por culpa nuestra de modo lícito (somos nosotros quienes se los prestamos), y el ilícito resulta de la falta de devolución de lo prestado. Ahí tienen un argumento más por si les hiciera falta

1 Basbanes, Nicholas A., *A Gentle Madness Bibliophiles, Bibliomanes and the Eternal passion for books*, Nueva York, 1999. Se trata de un espléndido recorrido por la bibliofilia y sus particularidades, convertido en Estados Unidos en el libro de referencia, al menos en lo que a la divulgación se refiere.

para no prestar: no seamos colaboradores necesarios de un delito que sabemos se va a cometer; sin nuestro préstamo no hay infracción; impidamos así que ésta acontezca, no ya por nosotros, generosos somos, sino por el que sufre la tentación de no devolver, por el que no va a hacerlo nunca; ayudémosle con nuestro acto de negación a evitar que delinca. Este mal tan común ha generado incluso otra enfermedad del libro, identificada por algunos como la del bibliótafo, aquél que no presta sus libros, término que se usa en sentido metafórico, pues bibliótafo literalmente designa al que entierra los libros, y el que no los presta puede ejercer esa negativa sin necesidad de mediar inhumación. Yo no me atrevería a hablar de enfermedad sino de prevención; cuántos amigos perdemos a lo largo de la vida porque no nos devuelven un libro. Él se queda, sí, con nuestro objetopreciado, pero a nosotros nos deja de regalo un poso terrible de mala sangre en el corazón triste y en el alma dormida, y cada vez que vemos u oímos mentar a ese amigo, estamos viendo ese libro no devuelto con la totalidad de sus prestadas páginas. Mejor prevenir que curar, así nos aconsejan en los programas divulgativos sobre salud, así que prevengamos nosotros antes de que llegue lo peor. Porque no logra atesorar uno muchos amigos a lo largo de la vida como para perderlos por una tontería, así que cuando alguien nos pide un libro, antes de que él vulnere un derecho que además nos atañe, pongámonos una vez rojos mejor que muchas colorados, o procedamos por la vía del despiste: “lo siento mucho, ya me gustaría dejártelo, pero el pobre se ha hecho tanto a mi biblioteca que no le gusta salir”, eso le dijo un amigo mío a un amigo, esta vez de él, para no prestarle un libro que acababa de extraer con permiso de su inmaculada biblioteca.

En un artículo de Francisco Martínez y Martínez publicado en 1927 en el que ubicaba a estos amigos de lo ajeno bajo el epígrafe de *Gorrones y Frescos*, el autor les dedica a los mismos los siguientes comentarios cariñosos²:

2 Francisco Martínez y Martínez, “Bibliófilos, Bibliómanos, Bibliópolas, Gorrones y Frescos”. El artículo apareció en el *Boletín de la Real Academia de la Historia de Madrid*, tomo LXXXVII, ABRIL-JUNIO, págs. 485-490. En 1992 la editorial Aitana hizo una edición no venal de 500 ejemplares. El artículo fue recogido por la revista *Hibris* en su número dos, de abril de 2001.

“Entre estos y la polilla hay poca diferencia; decimos mal: es grande, pues si bien estos bichos se entretienen en hacer túneles y minados por el libro, algunos tienen tal miramiento que respetan el centro impreso de las páginas y sólo perforan sus galerías por el margen blanco, por lo cual nunca es destruido por completo, mientras que los sujetos que presentamos los hacen desaparecer, y ocurre el que, satisfecho de que tienes el libro, cuando lo necesitas vas a buscarlo y te encuentras con que no lo encuentras, pues el amigo a quien lo prestaste no lo devolvió... Es bien conocido el caso de aquél que le negó a un amigo el prestarle un libro porque, según dijo, todos aquellos tan numerosos que veía le habían sido prestados a él y los estimaba mucho”.

Y es que, como en casi todo, la valoración que efectuamos del asunto depende de nuestra implicación en el mismo. Porque, si nos paramos a pensar, las locuras son divertidas siempre que resulten ajenas, esto es, siempre que no perjudiquen a terceros y, sobre todo, siempre que esos terceros no seamos nosotros mismos. El hijo díscolo o gamberro de unos amigos nos parece divertido siempre y cuando no venga a nuestra casa a pasar el fin de semana, y ya directamente nos resulta insoportable si ese díscolo o gamberro es hijo nuestro, ahí entonces la cosa (y también la criatura) pierden todo su encanto. Igual, la simpatía que nos produce el ladrón de libros es directamente proporcional a la distancia que media entre ese ladrón y nosotros, la distancia exacta que hay entre los libros robados y los nuestros.

3. TIPOLOGÍA DEL LADRÓN DE LIBROS

Pero, pese a que no nos guste, el robo de libros tiene sus partidarios y, desde luego, a lo largo de la Historia ha tenido sus practicantes, algunos ocasionales, otros que llegaron a convertir esa actividad en su razón de ser. Entre los partidarios, uno reciente, el periodista Juan Pedro Quiñonero³, quien defiende en su blog el robo de libros porque considera que puede interpretarse como un síntoma estimulante para

3 *Importancia del robo para el futuro de la lectura*, aparecido en el Blog *Una temporada en el infierno* de J. P. Quiñonero, el 19 de enero de 2007, <<http://unatemporadaenelinfierno.net>>.

el muy amenazado futuro de la lectura, al punto de titular su reflexión de este modo: *Importancia del robo para el futuro de la lectura*. Entiendo que aquí Quiñonero evoca al lector voraz y ladrón ocasional en los grandes almacenes o en las librerías de viejo y no al mutilador de libros en la Biblioteca Nacional. Ya metido en el papel de entomólogo, Quiñonero cita un artículo aparecido en el diario *El Mercurio* de Chile en que se clasifican los ladrones de libros en tres categorías, en este caso no atendiendo al material robado sino al móvil, o si se prefiere, a la intención y también a la frecuencia. La primera categoría sería la del *ladrón ocasional*, que roba cuando tiene oportunidad de hacerlo, siendo la segunda la del *ladrón ilustrado*, que quiere un libro, pero no tiene dinero para comprarlo, y la tercera la del *ladrón por encargo*, el más detestado por los libreros. Clasificación un tanto simple y de no clara articulación, pues atiende en efecto en algún caso a la frecuencia con que se roba y en otros a la motivación. Y es que la realidad es, como siempre, mucho más rica que la clasificación que perpetramos de ella y está llena de ejemplos que rompen las reglas o las cumplen todas; habrá incluso un ladrón por encargo que robe también cuando tiene la oportunidad de hacerlo, y que además sea un hombre culto y robe un libro para sí porque no tiene dinero para comprárselo, y sea, por tanto, un ladrón ilustrado. Además, si uno se para a pensar y no mucho, empiezan a surgir las preguntas: ¿acaso hay alguien que roba cuando *no* tiene oportunidad de hacerlo? El incluir además la categoría del ilustrado introduce un elemento que no tiene que ver ni con la intención ni con la frecuencia, sino con la formación del sujeto activo, como si fuera más noble el que roba porque sabe de libros y mucho más innoble el que lo lleva a cabo para revenderlos y con el resultado de procurarse el debido sustento.

Poco significativa, además de torpe, es a nuestro juicio esta clasificación, aunque tiene el mérito de mencionar un elemento que es característico en el ladrón de libros de valor, al incluir la categoría del ilustrado; porque, en realidad, muchos ladrones justifican el delito por su muy presunta superioridad, se escudan en ella para no tener problemas de conciencia. Su razonamiento vendría a ser el siguiente: *yo*, que soy el que aprecio lo que *tú* tienes y no sabes apreciar, voy a robártelo por la cara y nada malo hay en ello, porque *tú* no eres

más que un vulgar ignorante que no sabes ni lo que tienes. Mejor estará este bienpreciado con alguien que pueda valorarlo en su justa medida, y esa persona resulto ser *yo* mismo; no hago así sino procurar un poco de justicia poética a este mundo cruel, darle la margarita al esteta y no al cochino, que no iba a diferenciarla del resto de la mugre en la que, orondo, se reboza. Pero no olvidemos que este mismo sentimiento de superioridad es el que permite el expolio sistemático de cualquier vestigio de civilización antigua en lugares no preparados para su conservación y deleite, y si no, pregúntenle a los ingleses y a Fidiás, o a los griegos y al *British Museum*, o vayan directamente a la fuente para inquirir al mismísimo Partenón. Y, si no quieren irse tan lejos, pregunten por Erick el Belga, un consumado ladrón que no sólo vació innumerables iglesias españolas con el mismo argumento, sino que además se jactaba de ello.

Pero no caigamos nosotros en los eufemismos ni en las justificaciones tan propias de este tiempo políticamente correcto; terminaremos justificando también al ladrón de libros, pobrecito, claro, o le llamaremos ingeniosos bibliopirata, dándole así al menos un aura literaria y estética de la que carece, como si entrara a robar libros en las bibliotecas con garfio y loro rojo, con parche ocular y botella de ron con la que beber a gollote. “Lo siento, señor, aquí no están permitidos los animales; ah, disculpe, el sable tampoco, el garfio y el parche sí puede pasarlos, claro, si es que no son prótesis de éstas modernas que pueda usted quitarse, pero como va a sonar el detector de metales tendremos que cachearlo, no le importa, ¿verdad?”

4. PREVENCIÓNES HERMOSAS PERO INÚTILES, HAY ADVERTENCIAS QUE NO SIRVEN PARA NADA

Ladrones de libros, eso son con todas y cada una de sus letras, simples delincuentes, y para luchar contra ellos todos hemos puesto alguna vez en nuestra biblioteca una copia enmarcada de ese texto tan hermoso que dice

HAI EXCOMUNION RESERVADA A SU SANTIDAD
CONTRA QUALESQUIERA PERSONAS
QUE QUITAREN, SUSTRAXEREN O DE OTRO CUALQUIER MODO
ENAGENAREN ALGUN LIBRO

PERGAMINO O PAPEL DE ESTA BIBLIOTECA
SIN QUE PUEDAN SER ABSUELTAS HASTA QUE ÉSTA ESTÉ PERFECTA-
MENTE REINTEGRADA

Nótese que ya se tenía muy poca fe, pese a invocar la excomunión como castigo, en que el ladrón devolviera lo sustraído, porque si así procedía se le absolvía, es decir, pelillos a la mar, a otra cosa mariposa, vamos como si aquí, o mejor dicho allí, no hubiera pasado nada. Otras civilizaciones son mucho menos permisivas y de nada te sirve devolver el libro; si te descuidas, en muchos lugares te cortan una mano y te queda sólo la otra para sostener lo robado y pasar las páginas. Cuenta Patricio Nicotra en su *Ladri di libri*⁴, que el castigo severo al ladrón de libros sucedía hasta en la muy humanista Italia del Renacimiento. Según refiere Nicotra, un noble toscano de nombre Lucca Calcavechia, que era dueño y señor de la bella y encaramada villa de Montepulciano, castigaba con la pena de la ceguera a los ladrones de libros, porque “así no sólo no podrán volver a robar, sino que además tampoco podrán volver a leer”. En cierta ocasión, el padre campesino de un infante de diez años pide audiencia al noble para interceder por su hijo, aduciendo que difícilmente el rapaz podrá volver a leer, aun si no se le vertía ácido sobre los ojos (la aplicación de la pena debía de ser de las que cautivan al público) porque es analfabeto, es más, refractario a toda letra impresa (entiendo que el campesino no debió emplear esos términos). El noble no se inmuta y, tras reflexionar no más de cinco segundos sobre el asunto, decide no variar la pena, “pues en el futuro otros podrán aducir lo mismo para evitarla, y nada nos dice que aunque iletrados hoy –lo cierto es que abundan– puedan cultivarse mañana”.

Y como ladrones ha habido muchos, y algunos sí sabían leer, las advertencias escritas han proliferado para intentar evitar los robos. En *Una Historia de la Lectura*⁵, Alberto Mánguel

4 Patrizio Nicotra, librero romano y personaje imprescindible en el mundo del libro de lance de la capital italiana en el siglo pasado, publicó *Ladri di Libri* en 1970 en la editorial romana Villa Albani Edizioni, y es conocido sobre todo por sus memorias: *Una Vita in mezzo ai Libri*, Edizioni Del Cornó, Roma, 1986.

5 *Una historia de la lectura* de Alberto Mánguel fue publicado por vez primera en inglés, *A History of Reading*, Knopf Canada, Toronto, 1996.

recoge otros dos mensajes destinados a los ladrones, el primero situado en un tomo renacentista y el segundo inscrito en la biblioteca del Monasterio de San Pedro en Barcelona.

El nombre de mi dueño puedes verlo aquí,
Cuidame te lo ruego, de no robarme a mí;
Porque si lo haces sin dilación,
Pagarás con el cuello mi desaparición.
Mira más abajo y la imagen verás
Del sitio de donde colgarás;
Toma buena nota y contente,
No sea que por ese árbol ¡muy alto trepes!

Para aquél que roba, o pide prestado un libro y a su dueño no lo devuelve, que se le mude en sierpe la mano y lo desgare. Que quede paralizado y condenados todos sus miembros. Que desfallezca de dolor, suplicando a gritos misericordia, y que nada alivie sus sufrimientos hasta que perezca. Que los gusanos de los libros le roan las entrañas, como lo hace el remordimiento que nunca cesa. Y que cuando, finalmente, descienda al castigo eterno, que las llamas del infierno lo consuman para siempre.

Lo cierto es que estas dos advertencias debían ser mucho más literarias que eficaces; divertidas lo eran y lo son aún para el lector, pero para aquel lector que nunca pensó robar un libro, el que sí tenía intención de llevarse alguno permanecería, supongo, impermeable al mensaje admonitorio, por mucho que no fuera iletrado como el hijo del campesino renacentista y él sí supiera leer. La segunda tiene su gracia, sobre todo por invocar como ayudantes en el castigo a los propios gusanos que se comen los libros, como si por un proceso de simpatía fueran a comerse también a quien los robaba, privándoles además de su sustento natural. Mucha tarea de comprensión me parece ésa para bicho tan pequeño, que suele preferir lo muerto a lo vivo, y si es ya muerto cuando le roe las entrañas al posible ladrón, poco va a asustarle a éste la amenaza, pues ya se lo van a comer los demás gusanos si es que los unos y los otros no son los mismos (tal vez los hay acostumbrados a

La versión española está publicada en Alianza Editorial en 1998 y resulta un delicioso recorrido por la lectura y sus avatares que se lee más como una novela que como un ensayo.

una dieta con más celulosa y quienes prefieren lo cárnico u óseo). Más enternecedor resulta el recurso al remordimiento, que efectivamente no cesa para el que lo sufre, pero que en nada afecta a quien carece de sentido de culpa, y entonces difícilmente sirve para disuadirlo.

5. LADRONES ILUSTRES, LADRONES FAMOSOS

Y es un hecho que las advertencias impresas en los libros, inscritas en las paredes de las bibliotecas o repartidas en octavillas por el mismo tipo que te entrega en la calle, desgano, la publicidad de un restaurante tailandés sin salmonella, no han logrado en la Historia disuadir a los ladrones de libros. Los ha habido de todos los gustos, pero recogeremos aquí algunos de los más notables, de nuevo sin ánimo exhaustivo y todavía no exhausto. Algunos de los aquí reseñados, como el Conde Libri o Gallardo, bien pudieran figurar también en el apartado relativo a los bibliófilos, porque además de ladrones de libros eran bibliófilos, o por ser más precisos, eran bibliófilos dotados de la particularidad de procurarse el sustento de su afición por vías poco legales.

– *El Conde Libri, patrón de los bibliocleptómanos*

Que el nombre del más celebrado de los ladrones de libros sea Conde Libri, suena a chiste y de los malos, pero es una realidad; tal vez, si el título hubiera sido Conde Orologgi, al noble toscano le habría dado por robar relojes y, entonces, nunca habría aparecido en este Breviario. Aunque por mentar al aristócrata de forma correcta, deberemos empezar aclarando que su nombre completo era Conde Guglielmo Libri Carucci dalla Sommaja, y al escribirlo no sé si lo convertimos en alguien más verosímil o todavía más inventado. Libri (lo llamaremos así para no llenar una página cada vez que lo citemos) pertenecía a una de las familias más antiguas de Florencia. Y nótese que siempre que se utiliza el adjetivo *antiguo* unido al sustantivo *familia*, se hace para resaltar que eran ricos y, además, no *nuevos ricos*; y, sin embargo, nunca se dice de una familia pobre que es antigua, por mucho que haya sido pobre de solemnidad durante generaciones. Ya ven, la solera

en la miseria no debe tener el mismo valor o, tal vez, es que lo de ser *nuevo pobre* no esté tan mal visto, al menos entre los pobres.

La vida de Libri, comprendida entre los años 1803 y 1869, es de tal riqueza que, en efecto, parece inventada, pues, aunque haya pasado a la Historia como el patrón de la bibliocleptomanía, son muchos los méritos que adornan su biografía. Para probarlo, baste añadir que gran parte de los datos aquí incluidos están recogidos de la web de la School of Mathematics and Statistics, de la muy escocesa Universidad de St. Andrews⁶, porque Libri fue, entre otras cosas, un matemático ilustre. Sirva como ejemplo de que era hombre de variadas cualidades, el retrato de uno de sus contemporáneos:

“Admirable en los salones e incomparablemente amistoso, flexible, con amables toques de dulce humor y elegante coqueteo, un buen escritor en francés e italiano, un matemático profundo, geómetra, físico, conocedor de la historia, dotado de una mente analítica... más experto en la ciencia de los libros que un librero o un especialista en subastas, este hombre tuvo sólo un problema: era, en esencia, un ladrón”.

Ya veremos cómo la biografía de Libri y el robo de libros están esencialmente ligadas, pero, además de los atributos que le aplican, yo destacaría uno que me parece su rasgo más genial y poco valorado, el Conde era alguien cuyo talento sirvió para hacer mejores a los demás o, por expresarlo de un modo más preciso, alguien cuyo mayor talento *consistía* en hacer mejores a los demás, como esos jugadores de fútbol que se fichan porque con ellos el equipo se convierte en un mejor equipo, pese a no destacar individualmente, su aportación al colectivo logra que ese colectivo mejore. Eso consiguió Libri, y está claro que el tipo talento tenía, pues, tras estudiar en la Universidad de Pisa, donde inicialmente se encaminó hacia las leyes para terminar convirtiéndose en matemático, publicó una teoría sobre los números en 1820, con tan sólo diecisiete años, una edad en la que hoy los jóvenes apenas saben los

6 La web de la Universidad de St Andrews incluye una serie de biografías de personajes ilustres vinculados a la ciencia matemática, entre ellas la de Libri, <<http://www-history.mcs.sandrews.ac.uk/Biographies/Libri.html>>.

números del Pin de su móvil. Su arranque fue tan fulgurante que se le concedió la Cátedra de Física Matemática de Pisa en 1823, a la tierna edad de 20 años. Y ahí llega la genialidad de nuevo, porque Libri podía haberse quedado allí, consagrando a la ciencia su mucho talento, pero prefirió la acción, siendo esta acción no desde luego la enseñanza, pues, tras admitir que no era un buen profesor, consiguió, después de sólo un año académico, que le dieran un permiso remunerado permanente, una suerte de sabático sin fin. ¿No era, repito, un genio?, ¿o tal vez era simplemente insoportable y se lo quisieron quitar de en medio lo antes posible?

Porque, por lo que nos cuentan, Libri debía ser un seductor, encandilaba a sus interlocutores de inmediato, pero luego su compañía empezaba a resultar molesta, tal vez porque él mismo se cansaba de seducir y mostraba entonces lo peor de sí mismo, logrando con la misma eficacia que, quien había comenzado admirándolo, terminara por odiarlo, como muestra su tormentosa relación con el Secretario Permanente de la Academia de Ciencias de Francia, el célebre Arago. Pero nos hemos adelantado en el tiempo; habíamos dejado a Libri con su sabático vitalicio, que empleó primero en ir a París para ganarse la admiración de los matemáticos del lugar y nunca mejor dicho, pues eran Laplace, Pisson, Ampère y el citado Arago. Luego, quizás para no tener que mostrarse todavía como en verdad era, volvió a Toscana, se lió con los carbonarios y salió por piernas otra vez a Francia, convirtiéndose en ciudadano francés y en miembro de la Academia de las Ciencias en sólo tres años. Como ven, a nuestro ladrón –y todavía no hemos tocado esa faceta– le gustaba saltarse los plazos, tal vez sea ésa su aportación no reconocida a la matemática, pasar de “A” a “C” sin necesidad de tocar “B”, contar hasta mil en el tiempo que otros no llegan al siete.

La aportación sí reconocida de Libri a la matemática fue importante, aunque no equiparable a su contribución a la bibliocleptomanía, y consistió básicamente en la elaboración de una historia de las ciencias matemáticas en Italia, que publicó en cuatro volúmenes entre 1838 y 1841. Pero hay otra que es la que ya hemos apuntado y ninguno ha sabido ver, y es la de hacer mejor a los demás; la nota de la Universidad de St. Andrews nos explica cómo se forjó tantos enemigos que, por

ejemplo, un matemático celebre, Liouville, “hizo el anuncio del importante trabajo de Evariste Galois sobre la teoría de las ecuaciones en respuesta a un ataque de Libri”. Y lo mismo puede afirmarse de su faceta de ladrón, porque la citada nota biográfica nos habla de un tal Munby, quien subraya la importancia de Libri en la valoración de los libros de ciencia, pues, gracias a las dos grandes subastas que llevó a cabo en 1861 en Londres (de libros por cierto robados), los coleccionistas ingleses comenzaron a valorar los trabajos sobre historia del pensamiento, los manuscritos y libros de Galileo, Copérnico, Kepler, etc. Libri ya los valoraba antes, y por eso mismo los robó.

Pero de nuevo nos hemos adelantado en el tiempo; Libri todavía sigue peleándose con todo el mundo académico francés, minutos después de haberlo cautivado. El ambiente debía de volverse muy insoportable, así que cambió primero de oficio y luego de país. En cuanto al oficio, debido a su labor de historiador, Libri había tenido contacto con manuscritos y libros antiguos, aunque aquí la expresión “tener contacto” es, cuando menos, irónica o al menos tímida, pues en vida atesoró unos 40.000 libros y manuscritos valiosos y, al parecer, pocos de ellos habían sido comprados. Así que mudó ciencia por libro y fue nombrado Inspector de Bibliotecas de Francia en 1841, gracias a un amigo en el gobierno, en un gesto sin precedentes, pues la fama de ladrón del italiano ya empezaba a crecer. Llegaron incluso a realizar una investigación sobre los robos, dado que cada visita de inspección coincidía curiosamente con la desaparición de ejemplares valiosos. La investigación no dio resultados, quizás porque enviaron al mismísimo Inspector de Bibliotecas a llevarla a cabo y, entonces, como era la misma persona que el sospechoso, no sólo no formuló ningún cargo contra sí mismo, sino que tal vez aprovechó el viaje para robar algo más. Es lo que pasa por nombrar al lobo pastor de las ovejas, el muy desagradecido termina por comérselas.

La revolución del 48 en Francia se llevó por delante al amigo de Libri y, falto de apoyos, y con la astucia propia del matemático, acostumbrado a resolver problemas y a despejar la “x”, Libri comenzó a pensar que no soplaban buenos vientos para él, especialmente cuando le llegó una orden de arresto.

Arrestos no le faltaron para meter 30.000 libros en cajas con la misma velocidad con la que se había hecho catedrático, francés y académico, y largarse con ellos, como si cupieran en un neceser de viaje, a la vecina, pero entonces no tan accesible, Inglaterra.

Otra vez tenemos que rendirnos ante el Conde, cuya capacidad de seducción empezamos a catalogar de legendaria, pues supo convencer a los ingleses de su inocencia gracias a un amigo (otro más), esta vez italiano, que respondía al nombre de Panizzi y que era, a la sazón, Director de la Biblioteca del *British Museum*. Ya ven, nuestro aristócrata sabía elegir muy bien sus amistades. Pese a ser condenado en ausencia en Francia, los ingleses, un poco suponemos por sus habilidades y un bastante por odio al vecino, lo defendieron y, al igual que en su fuga italiana, la animadversión política fue la excusa, lo detestaban tanto y el tipo sabía tanto de libros, que le achacaron esos robos por venganza. Y a todo esto, ¿de qué vivía Libri en las islas? Ignoramos si todavía le pagaban el sueldo en Pisa, suponemos que no, pero mal no vivía, desde luego, y todo porque en el neceser llevaba, recuerden, 30.000 libros, que vendió en las dos subastas públicas antes citadas en 1861, elaborando él mismo un precioso catálogo ilustrativo. Un millón de francos, que necesariamente tendremos que llamar de los de entonces, obtuvo Libri con la venta; hay neceseres que contienen joyas, ya lo ven, pero no obró así por hacerse rico, no vayan a confundirse, sino por despertar el interés en Inglaterra de los libros de historia del pensamiento; y es que Libri no sólo era un genio, era también un promotor cultural, un altruista, un filántropo.

Y qué importa que los estudios posteriores demostraran que los libros del neceser eran robados, qué importa que el gobierno italiano tuviera que comprar, en 1884, dos mil libros que Libri había robado de la Biblioteca Medicea Laurenciana, qué más da que volviera a esa misma Italia para morir en Fiésole en 1869. Una vida rica, digo yo, llena de acción y de contribuciones a la humanidad; como ven, Libri ha terminado también por convencerme a mí. Una contribución más es darle por una vez la razón a *El Mercurio* en su absurda división; aquí tienen al ladrón ilustrado en persona. Él sí que robaba porque creía que los demás no le daban importancia a cuanto

tenían; iba de inspector a las bibliotecas, veía la cara de abulia del bibliotecario, el estado lamentable de la instalación, el polvo acumulado, y, en lugar de proponer que prejubilaran al bibliotecario, en lugar de pedir que informatizaran y acondicionaran el lugar, tareas arduas e incluso imposibles, pues ordenadores no había, como mal menor se llevaba los libros a casa, ¿dónde iban a estar mejor que con él, que era el único que sabía apreciar un manuscrito de Descartes?

Un genio, vaya, no me canso de repetirlo; y por si aún requieren una prueba, qué mejor que el argumento que le dio a su amigo Próspero Merimée para que lo defendiera en Francia cuando era juzgado en ausencia, argumento magnífico que Merimée se tragó minutos antes de escribir Carmen la cigarrera con el mismo candor. “Mira, Próspero, esas acusaciones son falsas y, además, los libros robados debían ser copias, porque los auténticos los tengo yo”. Eso le dijo, no les miento, no me dirán que no es genial. “¿Cómo van a acusarme a mí de robar la Gioconda del Louvre?”, se pregunta su ladrón indignado. Además, esa Gioconda sería una copia, afirma convencido, porque la auténtica ni yo mismo podía haberla robado, porque ya la tengo en mi cuarto de baño. En fin, con este patrón no me extraña que esta patología haya sido tan practicada.

– *El mítico Gallardo, el primer bibliopirata con derecho a ese nombre*

De entre los ilustres ladrones de libros españoles destaca hasta ser su modelo Don Bartolomé José Gallardo, a quien debemos (a su figura y no a su pluma) el término de “bibliopirata”, pues aunque antes yo lo pintara con garfio y loro a la espalda, la voz “bibliopirata” fue usada por vez primera en un soneto que le dedicó Estébanez Calderón a Gallardo y que nos sirve además para definir al personaje:

Caco, cucu faquín, bibliopirata,
Tenaza de los libros, chuzo, púa,
De papeles, aparte la ganzúa,
Hurón, carcoma, polilleja, rata;
Uñilargo garduño, garrapata
Para sacar los libros, cabría, grúa,

Argel de bibliotecas, gran falúa
Armada en corso, haciendo cala y cata.
Empapas un archivo en la bragueta,
Un Simancas te cabe en el bolsillo,
Te pones por corbata una maleta;
Juegas del dos, del cinco por tresillo,
Y al fin beberás, como una sopa
Llena de libros, África y Europa.

Ya ven, sin duda eran amigos del alma además de colegas, pues Estébanez al parecer era del gremio de los que leían en libro ajeno; tal vez Gallardo se adelantó al birlarle una joyita y ésa fue la fuente de inspiración del soneto, pero qué duda cabe que amigos eran, a quién sino a un amigo le llamas garrapata. Un bloguero de nombre PrándeZ nos informa en su blog *Cuadernos del viajero*⁷ que Gallardo era su tatarabuelo, poeta romántico nacido en Campanario en 1776 y fallecido en Alcoy en 1852. Pero Gallardo no ha pasado a la Historia por sus versos y los que su descendiente nos regala, incluidos en un poema de título *Blanca Flor*, nos explican sin quererlo el porqué de ese olvido.

¿A qué es puertas y ventanas
clavar con tanto rigor,
si de par en par abiertas
tengo las del corazón?

En fin, no creo que sea preciso ulterior comentario. Pero el caso es que Gallardo, las puertas de cuyo corazón entiendo que no estarían abiertas a Estébanez, al menos tras la publicación del soneto, sí debía tener fijación por las ventanas, pues una de sus hazañas más señaladas fue la de robar libros de la Biblioteca Nacional arrojándolos por la ventana, mientras (o más bien un segundo después) un lacayo suyo los atrapaba al vuelo, una actividad que hoy ya no se puede realizar, por esas disposiciones limitantes de la Administración que tantas veces cercenan nuestra creatividad.

Pero tal vez sea cometer una injusticia si a Gallardo se le recuerda por un solo aspecto de su vida, porque ésa, su vida, parece en sí misma una metáfora de nuestro siglo XIX, pues

7 <<http://prandez.blogspot.com>>.

fue convulsa como la propia centuria. Liberal, anticlerical y republicano, estos tres adjetivos servirían para definir al Gallardo político, y, si unimos a ellos el de apasionado, que lo mismo se aplica a la política que al resto de su personalidad y, de paso, al siglo que le tocó vivir, entenderemos que ejerciera esa actividad sin medias tintas, y que ese ejercicio lo llevara al presidio a veces (Castillo de Santa Catalina) y al exilio otras (Portugal e Inglaterra), además de al igualmente peligroso Congreso de los Diputados, pues diputado fue por Badajoz en 1834.

Como ya hemos visto, Gallardo también escribía; y no sólo los versos que nos regala su descendiente, sino también escritos satíricos, que son los que le valieron condenas, entre otros una silva dedicada a todos los reyes españoles titulada *El Panteón del Escorial*, que no debió gozar de gran predicamento entre los monárquicos. Esa actividad política y satírica, que más que actividad convendría llamar activismo, se traslada también a la faceta bibliófila, y tal vez por ese apasionamiento derivara su bibliofilia en bibliocleptomanía. Y claro, cuando alguien se toma como ejemplo para acuñar un neologismo, parece que debe ser el primero de entre los ladrones de libros; porque es verdad, mucho nos costaría probar hoy esos robos (a nosotros y a la acusación particular) y averiguar así cuánto de cierto había en las habladurías y cuánto había de infamia para desacreditar al político del bando enemigo.

Y sí, será difícil deslindar las actividades de Gallardo, porque el juicio que de él emiten sus contemporáneos está teñido siempre de la tinta cuchillera de la política. Como nos recuerda en su estudio Nieves Rosado⁸, hasta el mismo Menéndez Pelayo lo ningunea por eso y en su *Historia de los Heterodoxos Españoles* afirma que al venerarlo como “santón o padre del gremio” (de los bibliófilos) se exagera, pues se le da “una notoriedad y fama muy superiores a su mérito”. Aunque el erudito rectificaría después, pues es sólo a la muerte de Gallardo cuando se publica su *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, elaborado con las muchas notas que dejó sin procesar en su finca de la Alberquilla y que constituye, sin

8 Bartolomé José Gallardo, *Bibliofilia y Sátira*, de Nieves Rosado apareció en cuatro entregas en la revista *Hibris*, en los números 35, 36, 37 y 38, en los años 2006 y 2007.

duda, uno de los tesoros de la bibliografía nacional. Después de leerlo, y supongo que cuando ya la política interfería menos, pues ya estaba muerto el autor, don Marcelino cambia de idea y en el prólogo que elabora para los últimos tomos de esa obra póstuma dice de él que fue “sin género alguno de controversia el mayor bibliógrafo español desde Nicolás Antonio hasta nuestros propios días”.

Sería precioso que el modelo de bibliopirata no lo fuera en realidad y debiera su mala fama a otros motivos, aunque, si el río tanto sonaba, agua debía llevar; aquí a Gallardo debía ocurrirle como al Conde: en su caso para catalogar todos los libros se los llevaba a casa y luego, descuidado, se le olvidaba devolverlos. También esta vez, como ocurrió con el Conde, llevaron al lobo al redil, pues fue nombrado bibliotecario del Congreso de los Diputados; de nuevo el pecado no estaba en el lobo, que al fin y al cabo ovejas come, sino en aquél que decide darle a él el cuidado de los níveos ovinos.

“Estudió y expolió todo género de bibliotecas públicas y particulares, fue admirado y temido por cuantos tenían libros y amontonó joyas bibliográficas sin número en su dehesa de la Alberquilla, cerca de Toledo”. Esta suerte de epitafio, que puede encontrarse en las notas de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, puede servir de definición del Gallardo bibliopirata. Así que ladrón era, convengamos eso, pero también en la época el robo de libros tenía sus partidarios y Gallardo los tuvo, algunos tan ilustres como Unamuno, que lo llamó “salvador”, dando a entender que gracias a sus hurtos se salvaron muchos libros que, de otra forma, se habrían perdido. Aunque en el caso de Unamuno esa aseveración estaría motivada por cómo le supuraba ese día esa herida inconmensurable llamada España, de la que luego hablaremos, y también por su conocida vocación de llevar la contraria. Si Gallardo hubiese sido un personaje venerado, don Miguel se habría lanzado a la yugular, es muy posible que él mismo se hubiera entregado a la composición del soneto acusador.

De la misma manera apasionada y rebelde como había vivido, habría de morir Gallardo, a quien la muerte sorprende en Alcoy y cuya agonía no se libra de la polémica que lo había acompañado todo su existir: porque según nos informa Rosado, junto con detalles de apoyo como el de un empresario

alcoyano que le cede el panteón familiar para que no repose en la fosa común (esto, supongo, ya después del deceso), Gallardo ve cómo la Iglesia y sus representantes se encargan de recordarle que no era muy querido (de ahí lo de la fosa común). Escuchemos el testimonio de uno de sus amigos:

“Desde que llegué me conoció el enfermo y reaccionó y me comunicó (cosa horrible) que se le había atormentado e insultado, llamándole excomulgado, que se retractase de cuanto había escrito y que se avisaría al obispo de Valencia, como en efecto se hizo y nuestro amigo cogiéndome de la mano me dijo, el cura me ha matado, el cura me ha jodido”.

Pero no iba a arredrarse Gallardo en semejante trance, pues como recoge otro testimonio de la época:

“Corre entre los literatos que esta escena fue tan dramática como soez.... Dícese pues que D. Bartolomé quiso hacer arma defensiva, contra el cura, del orinal que tenía al lado de su cama, pero le faltaron las fuerzas”⁹.

Ahí lo tienen, genio y figura; no se nos aclara si el orinal estaba vacío o lleno y si fue precisamente el peso de su contenido lo que impidió que lo utilizara como arma defensiva, pero es un detalle menor y además escatológico; quede constancia de que el bibliopirata arrestos tenía. Lo cierto es que su vida y la del Conde Libri, bastan para romper el tópico del bibliófilo como rata de biblioteca, acuñado por quienes afirman preferir la vida a los libros como si fueran términos incompatibles. Seguro que esas vidas son mucho menos intensas e interesantes que la de estos dos bibliófilos convertidos en bibliocleptómanos por pura intensidad; como ven, hemos terminado también por justificarlos.

En fin, que Gallardo da para mucho; no por nada, en esas mismas notas ya citadas de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, puede leerse: “Las rarezas del carácter de Gallardo y sus inauditas maneras de adquirir libros peregrinos requerirían un libro entero, no menor que éste para su enumeración”. Y eso que, como bien saben, ese libro no es precisamente un libro breve.

9 Nieves Rosendo, “Bartolomé José Gallardo, Bibliofilia y Sátira, III”, revista *Hibris* año VII, número 37, enero-febrero 2007.

– *Stephen Blumberg, el primero del escalafón*

Mucho más cercano en el tiempo es el caso del que probablemente sea el mayor ladrón de libros de la Historia; y está bien o tal vez mal que empecemos llamándolo así, pues creo que ésas eran sus pretensiones; la finalidad de sus robos no era otra que merecer ese título. Stephen Blumberg¹⁰ fue condenado el 31 de julio de 1991 a cinco años y once meses de prisión y una multa de doscientos mil dólares. Pero estas cifras no le hacen justicia, no dan la medida de su supuesta hazaña y sí las que nos informan que robó la friolera de diecinueve toneladas de libros y manuscritos, procedentes de más de 140 bibliotecas de universidades de cuarenta y cinco Estados, de un país como Estados Unidos que dispone tan sólo de cincuenta; tal vez su intención era seguir hasta completar la lista. Es de todos conocido que una de las características que definen al pueblo de EE.UU. es su tendencia a lo exagerado, así nos lo cuenta Verdú en su ensayo *El Planeta Americano*¹¹, y es frecuente en sus ciudadanos la ambición desmedida por batir los registros en cualquier especialidad, ya sea ésta correr los cien metros lisos, la confección o ingesta de la hamburguesa más grande del mundo, construir la mayor catedral con palillos de dientes usados o superar el número de muertos disparando al azar.

Y sí, tendremos que estar de acuerdo, a los americanos les fascina lo exagerado, la *hybris* o desmesura preside sus actos cada día y, para no ser menos, Blumberg quería, según le relató él mismo al FBI, superar el registro del famoso David Shim, cuya carrera fue interrumpida por su arresto en 1980. No he podido encontrar más datos de Shim, todo sea para establecer las oportunas comparaciones, pero desde luego Blumberg merece figurar en el *Hall Of Fame* de los ladrones de libros con un puesto destacado, un puesto que, en lo cuantitativo al menos, no puede ser distinto al primero. Una curiosidad de Blumberg es que no robaba para vender ni por encargo, ni lo hacía porque no podía comprarse el libro amado,

10 "Stephen Blumberg and his Stolen Books", *Abbey Newsletter*, Volume 15, 1991. <<http://palimpsest.stanford.edu/byorg/abbey/an/an15-7702.html>>.

11 Vicente Verdú, *El planeta Americano*, Anagrama, Barcelona, 1996.

ni desde luego de forma ocasional, luego no encaja para nada en el pésimo esquema de *El Mercurio* (perdonen que me ensañe, pero a cada rato lo encuentro peor), aunque ese hecho no le impidió seguir tenazmente su tarea. Pero sí que entraba en la categoría del ilustrado, porque sus abogados intentaron que se librara de la cárcel aduciendo que estaba loco y que su locura consistía en pensar que tenía que rescatar los tesoros que no eran valorados por sus poseedores, según nos revela Basbanes en un artículo que más tarde analizaremos.

El *tesoro Blumberg* estaba custodiado en su casa de Otumwa, Iowa, donde el ladrón disponía de diecisiete habitaciones, cuyos invitados disponían a su vez todos ellos de portada y contraportada, de lomo y título, contraviniendo, aunque sea por una sola vez, el dicho que reza que el saber no ocupa lugar. Aquí Blumberg nos revela que era no sólo bibliocleptómano, sino también bibliótafo, voz que como ya hemos visto literalmente define al que entierra los libros; así procedían los egipcios en las tumbas para que los objetos personales del finado lo acompañaran en la vida eterna; pero voz que de forma más lata describe al que compra libros y los guarda sin querer mostrarlos, bien sea para que no se los roben o, en el caso de Blumberg, porque son robados.

Lo más divertido o tal vez lo más preocupante es que, después de su arresto, gran parte del material no fue reclamado por sus dueños, algunos de los cuales ni siquiera tenían constancia de haber sido robados, o no querían, más bien (al fin y al cabo eran bibliotecas públicas), que se supiera que habían desaparecido. El caso es que en cualquiera de los supuestos la profesionalidad de los bibliotecarios no salía muy bien parada. El trabajo de catalogación de lo previamente ya catalogado, pues todos eran libros de bibliotecas universitarias, duró meses y el FBI tuvo que poner una fecha límite para los reclamos, para no convertirse él en almacenista involuntario, emulando a Blumberg, bibliótafo a su pesar.

El amigo Blumberg es descrito por los informes policiales utilizando un listado de virtudes para ello, definiéndolo como un ser "recluido, antisocial y con un cuadro clínico de esquizofrenia", pero no parece que fuera descuidado en su tarea, pues, al ser detenido en 1988, atesoraba una lista completa de las Universidades y de sus fondos bibliográficos, con

detallados planos de los edificios para no perderse en su quehacer. Al parecer, su método de trabajo consistía en ir durante el día a las bibliotecas para ver el género y volver por las noches, gracias a que era un experto en cerraduras, a robar los libros. Un método que, por cierto, se parece mucho al que un amigo mío empleaba en Buenos Aires en una librería de viejo donde lo tenían catalogado como buscador de joyas. Iba por la mañana, cuando el dueño estaba, para buscar las joyas inadvertidas, y luego acudía a mediodía, mientras el dueño daba cuenta de un asado con mollejas, y se llevaba esas joyas por dos mangos, en expresión tan propia del lugar como el asado con mollejas, puesto que, si lo intentaba con el dueño de cuerpo presente, éste iba a subirle el precio sólo por saber quién era su comprador. Más tarde, cuando el ayudante advirtió que frecuentaba a mediodía la librería, tuvo que mandar a terceros para hacer sus compras, aunque sólo fuera para cumplir, por fin, con una de las categorías de la clasificación de *El Mercurio*, la del ladrón por encargo, y evitar que volvamos a cargar las tintas con él, malo resulta ese gesto para un diario.

Como todo gran fugitivo, Blumberg tuvo también su captor, cumpliendo así otra de las premisas de toda gran historia norteamericana, la existencia de un superhéroe que libre al mundo del imperio del mal, ya lleve skjama con capa o vista uniforme de policía. El héroe de Blumberg fue de la segunda especie y de los subalternos, un policía modesto del campus de la Universidad del Estado de Washington; el ya mítico sargento Huntsberry, él fue quien comenzó a investigar los robos en su universidad y mandó avisos a otras universidades, descubriendo con ello que estaba ante un caso clásico del mal de muchos consuelo de todos los tontos, y, de paso, intuyendo que varios robos podían tener un único ladrón. Su labor fue capital para identificar a través de las huellas a Blumberg y para su posterior arresto en 1988, aunque no contara con la ayuda del FBI, que no le prestó la menor atención, o, si prefieren, no reconoció el indudable mérito de sus pesquisas, probablemente porque eran ellos quienes debían haber realizado el trabajo y nunca lo hicieron. A nadie le gusta que otro lleve a cabo la tarea por la que uno cobra, porque le está de forma indirecta afeando la conducta o, por decirlo en otras palabras,

le deja con el culo al aire. Sí lo hicieron (reconocerle su mérito y no dejarlo con el culo al aire) la Society of American Archivists y la Association of College Research Libraries (en USA como ven hay asociaciones para todo), quienes le concedieron, supongo que en emotiva ceremonia, una condecoración por su labor.

En Internet puede encontrarse un artículo de Steve Huntsberry que, con el título *Viva Blumberg: lessons learned*¹², describe las gestas de este defensor público, convertido ya en el superhéroe de las bibliotecas, en el protector oficial de los libros catalogados. Allí analiza cuáles son las medidas que deben tomarse en las universidades para evitar otro Blumberg, sin darse cuenta de que sin Blumberg no hay Huntsberry, sin asesinatos, Sherlock se queda sin quehacer con derecho a literatura, le resta su pipa, pero no el elemental y muy apreciado Watson. Les recomiendo vivamente esta otra pieza literaria sin pretenderlo, pues carece de desperdicio, en la que entre otras maravillas Huntsberry afirma: “como cualquier historiador militar les dirá, una vez que el enemigo ha cruzado la línea Maginot, has perdido la batalla. Eso quiere decir que debemos ser creativos. Para evitar que un ladrón robe en tu biblioteca, piensa como un ladrón”.

– *Susan Horn, o cómo robar libros sin abandonar tu puesto de trabajo*

Alguno se debió tomar al pie de la letra el consejo del policía, incluso antes de ser emitido, pues el mismo Huntsberry da cuenta en su artículo del caso de una bibliotecaria, Susan Horn, que robó 6.000 libros de su propia biblioteca; tal vez pensó tanto como un ladrón que terminó por convertirse en uno y no modesto. La verdad es que éste sí es un caso colosal del que desgraciadamente tampoco he podido averiguar más; y quizás por esa falta de información que sacie mi curiosidad no dejan de corroerme las preguntas, la primera es casi obligada: ¿cuántos libros había en la biblioteca de Susan? Entendemos que más de 6.000, pero sería fantástico que hubiera 6.003, y que, ante la llegada del nuevo rector, de visita por el campus, la muy profesional señorita Horn tuviera que

12 <<http://www.museum-security.org/blumberg-huntsberry.htm>>.

avisarle: “lo siento señor, pero sólo nos quedan tres libros; ya ve, hoy esto del robo está a la orden del día, pero si quiere llevarse *Guerra y Paz*, con mucho gusto se lo dejamos, los otros dos los tenemos en préstamo”. ¿Preguntaría el rector por los 6.000 desaparecidos o se limitaría a inquirir por los prestados, en caso de haber leído *Guerra y Paz* o de no tener gana alguna de hacerlo?, ¿o preguntaría por ellos por curiosidad, la curiosidad de saber por qué esos dos y *Guerra y Paz*, por descubrir qué particularidad ha provocado que el ladrón no se los lleve? Y es que, si te llevas 6.000 libros de una biblioteca y dejas tres, son éstos los señalados, te ha costado más trabajo que robar los tres y dejar los 6.000, pero así los has destacado de verdad, utilizando la siempre ponderada técnica del claroscuro.

Claro que como Huntsberry explica en su artículo, muchas bibliotecas prefieren negar la evidencia y cuando les roban no lo reconocen; es verdad que en el caso de Susan debía resultar difícil ocultarlo con tantos anaqueles vacíos decorando las salas, un efecto similar al que nos produciría entrar en un supermercado y ver a dos pobres yogures como únicos habitantes de las despobladas e infinitas góndolas. Otros dos ladrones notorios citados por Huntsberry, por si alguno quiere seguirles una pista que, sin duda, dará sabrosos resultados, son Stuart Lee Adelman y William Witherall. En fin, como ven, un mundo fascinante se esconde detrás del robo de libros en bibliotecas universitarias americanas; y no es que los incite a seguir los pasos de Blumberg (el listón está muy alto, las medidas de seguridad son mayores y las casas para almacenar muy caras), pero sí que al menos tengan en cuenta el consejo de Huntsberry: “*Comuníquense, comuníquense, comuníquense*”, les repite y no una sola vez el representante de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado a los bibliotecarios. Y, a ser posible, no para robar, sino para proteger, añadido yo en nombre de Susan Shine; la pobre no debía en verdad querer robar nada, se sentía sola en la biblioteca como muchos de sus colegas (la soledad es la gran compañera del bibliotecario) y delinquiró únicamente para llamar la atención, para que le hicieran caso; robó uno, quince, cien libros, y visto que nadie respondía a su desesperada llamada de afecto llegó hasta 6.000. Y si sabemos de ella, aunque nos falte más información, si su nombre ha llegado hasta nosotros, es

porque terminó por lograr su propósito, aunque la respuesta a su grito de auxilio no fuera cariño cómplice, sino despido procedente y juicio con sentencia condenatoria.

– *En todas partes cuecen habas. En Dinamarca también se roban libros*

Pero al menos nosotros sí podemos compensar tanta desatención con Susan y aliviar su soledad contándole que tan sola no estaba; un colega de profesión en Dinamarca se dedicó, casi con la misma constancia que ella, al robo de libros, sustrayendo de la Biblioteca Real de Dinamarca, el lugar donde trabajaba, más de tres mil ejemplares que en el mercado hoy valdrían entre 25 y 50 millones de dólares. El diario *Politiken* de Dinamarca nos informa cómo este personaje “considerado sincero, intachable y simpático por sus colegas”, se llevó al menos un libro valioso al día durante diez años. “*No sin mi libro*”, debía decirse el bibliotecario cada día antes de salir para casa, sin contar con el pequeño detalle de que *suyo* no era, al menos hasta que lo colocaba en su librería, pues en los bienes muebles la posesión presupone la propiedad. Pero el hombre nunca despertó sospechas, tal vez los quería para sí, quizás era otro bibliocleptómano bibliótafo, y fue su viuda la que en estricto uso de lo heredado levantó la liebre, al irse con cierta ingenuidad a Christie’s de Londres (lugar discreto donde los haya) a subastar los libros que ella no debía apreciar tanto como su marido. Cuando la casa inglesa consultó para ver si alguno de ellos había sido robado, se destapó un pastel que daba para varios cumpleaños. Eso sí, la investigación policial fue tan compleja como una suma de un dígito, porque al llegar a casa de la viuda, advertidos por la Biblioteca Real, que pensaba con razón haber hallado la fuga en su cañería, los agentes se encontraron con la mitad de los libros robados con tanto método como paciencia, el trabajo rutinario y silencioso de toda una vida laboral tirado por la borda en dos minutos. “Eso fue incomprensiblemente tonto”, afirmó rotundo el experto en subastas danés Sebastián Hague Lerche al *Politiken*, refiriéndose a la actuación de la viuda; y sí, compartimos el criterio, pero no es preciso ser experto en subastas, ni siquiera danés, para llegar a la misma conclusión o, si prefieren, no

es necesario recurrir a un supuesto juicio de autoridad para dictar la misma sentencia.

– *El ladrón de San Odile; al menos uno merece más un premio que la cárcel*

Y uno más para terminar, éste el más inteligente entre los ladrones de libros de hoy, curioso por su amor por lo robado, por su conocimiento del lugar donde robar y por no sacar de paso los libros a subasta. El ladrón del convento de San Odile¹³ es el nombre de este bibliocleptómano y en el nombre ya viene incluido de regalo el lugar donde perpetró los robos. La historia ocurrió más o menos así: en el transcurso de cuatro meses del 2002 desapareció un tercio de los libros de la biblioteca del Convento de San Odile sin signos de violencia, y por ello todos los que allí vivían o trabajaban eran sospechosos, incluido el director del convento, un cargo sin duda de no muy larga data porque antes el responsable de semejante lugar lucía el nombre de abad, lo de director suena más a sucursal bancaria. Claro que convendrá explicar que, por falta de las vocaciones imprescindibles, el convento de San Odile es hoy también hotel y centro de convenciones, en uno de esos procesos tan propios de nuestros días por el que los edificios importantes de antaño tienen hoy nuevas funciones; y así, un matadero es un centro de arte contemporáneo, un castillo se torna Parador de Turismo y una cárcel, hotel con encanto. Pese a su nueva función, el convento conservó su biblioteca y era de esa biblioteca de la que fueron desapareciendo libros como por arte de magia. De los robos era sospechoso también el director, o sobre todo él, pues era el único que tenía las llaves y, si nadie rompe la cerradura para entrar, es que alguien ha hecho uso de las mismas. Pero el secreto estaba precisamente en eso, en que se podía entrar no ya sin usar las llaves, sino sin usar la puerta, porque la policía descubrió tras darle mil vueltas al asunto que, al golpear uno de los armarios, se producía un sonido hueco y detrás, como en las películas o las novelas de misterio, había una entrada secreta.

13 Artículo aparecido en el Blog de Regulo llamado "Sueños de opio" <<http://regulo-suenosdeopio.blogspot.com>>, el 31 de octubre de 2007.

Descubierto el truco, la policía instaló un sistema de cámaras como el de los grandes almacenes, supongo que para que así el convento terminara de alcanzar la modernidad, y con ellas descubrieron también al ladrón. El ladrón resultó ser un joven de 32 años, ingeniero de profesión y bibliófilo aficionado, que albergaba hospitalario en su casa los libros bien encuadernados, algunos después de haber sido cuidadosamente restaurados, siendo la joya de su corona *El huerto de las delicias*, manuscrito del diecisiete y verdadero rubí de la encuadernación.

Pero lo que convierte a este robo en una obra de arte es el método, pues el ingeniero Stanislass Gosse, es decir el ladrón, dio en sus pesquisas bibliófilas con el instrumento de su robo, al encontrar en una biblioteca de Estrasburgo el siguiente texto: *Observaciones arquitecturales sobre la parte romana del convento del monte San Odile: Una pieza ciega inédita*. El libro contenía planos detallados del complejo y, con toda probabilidad, no lo habían leído los directores sucesivos del mismo, igual eran ágrafos, pero sí este apasionado de los libros. Y fue esa mejor información y no la violencia ni el engaño, lo que le permitió robar los libros, que él mismo restauraba con mimo. Ahí sí y por una vez encuentro que en este caso robar no es tan malo; el tipo tiene su mérito y, sin duda, demostraba más amor por los libros que quienes los custodiaban. Como ven, cuantos más casos de ladrones de libros vemos, más simpatizamos con la bibliopatía, qué le vamos a hacer.

6. LOS ESCRITORES Y EL ROBO

– Bolaño-Fresán, *la conexión sudamericana*

La relación de los escritores con el robo de libros es múltiple y variada, pues hay escritores defensores del robo, los hay que utilizan el robo como material para sus novelas, y los hay que practican el robo y además lo confiesan (los que no lo hacen no los conocemos por razones casi obvias). Uno que reúne todas las categorías en sí mismo es el chileno Roberto Bolaño, que incluye en sus libros el robo de éstos, roba él y tal vez para no flagelarse lo justifica. Suya es la cita que encabeza este epígrafe y también una confesión en la misma

entrevista a Mónica Maristain en *Página Doce*, que es la última que concedió antes de morir; quizás lo intuía (un hígado habría dado vida al mejor escritor de su generación) y era una forma de confesar sus pecados. Ahora sí, no era la primera vez que Bolaño hablaba de su afición: “los libros que más recuerdo son los que robé en México, entre los dieciséis y los diecinueve años”, así empieza un artículo publicado en *Babelia* con el título *Quién es el valiente*¹⁴, en una serie dedicada a las lecturas de los escritores. Así que, ya ven, lectura y robo están bien identificadas al menos en las primeras lecturas de Bolaño, que nos da detalle preciso de los libros que robaba, de dónde lo hacía –su preferida era la librería de Cristal ubicada en la Alameda–, de cómo una vez se llevó el libró que más iba a impactarle –*La Caída*, de Camus– sin ni siquiera esconderlo y a la vista de todos los empleados, “que es una de las mejores formas de robar y que había aprendido en un cuento de Edgar Allan Poe”. En el artículo, Bolaño cuenta también cómo una vez fue pillado *in fraganti*, pero no en la Librería Cristal, sino en la Sótano y cómo esta costumbre cambió cuando volvió a Chile; allí ya no robaba libros. “Allí no robé ningún libro. Eran baratos y los compraba”. Mira tú que bien.

Pero Bolaño continúa con el robo por la vía de la ficción, pues un personaje de su fantástica novela *Los Detectives Salvajes*, habla del robo de libros: “Uno de los inconvenientes de robar libros –sobre todo para un aprendiz como yo– es que la elección está supeditada por la oportunidad”. Ya ven cómo la clasificación de *El Mercurio* del ladrón ocasional, el que roba cuando tiene oportunidad, en realidad abarca a todos, todos roban cuando tienen oportunidad y no cuando no la tienen, pero además Bolaño nos aclara que no sólo se roba cuando se puede, sino lo que se puede: si lo más expuesto es lo que más te gusta te fastidias, tienes que robar lo menos vigilado, y a lo peor no se trata de tus autores favoritos.

Otro ladrón confeso contemporáneo es el que fuera amigo de Bolaño, el argentino Rodrigo Fresán, quien en otra

14 ¿*Quién es el valiente?* Apareció en *Babelia*, suplemento cultural de *El País*, el 31 de enero de 2008 y fue incluido en el libro *Entre Paréntesis* (Anagrama, Barcelona, 2004).

entrevista¹⁵ cuenta cómo en Buenos Aires, más concretamente en Corrientes y Callao, mítica calle la primera para todo bibliópata, hizo una apuesta con un amigo para ver quién era capaz de robar los siete tomos de *En busca del tiempo perdido* en distintas librerías. Se situaron cada uno a un lado de Corrientes, supongo que se saludarían con la mano para dar el pistoletazo de salida, y se lanzaron para ver quién lo lograba, recorriendo las variadas librerías que hay en Corrientes, aún hoy numerosas, aunque ya no sea ese paraíso que fue del lector, con establecimientos que no cerraban por la noche. Fresán lo consiguió, su amigo, no; eso afirma al menos el primero y nos queda la duda de si le faltó uno solo, si lo detuvieron, si incumplió el pacto y terminó por comprarlos todos al ver a su amigo en la vereda de enfrente, ésa que según Borges faltaba a quienes fundaron Buenos Aires, con el aspecto burlón y la bolsa llena. En esa entrevista cuenta que ya no roba libros, pero que cuando era un autor inédito robaba mucho y que además creía disponer de un don, el de la invisibilidad mientras se llevaba los libros, don que, confiesa, ya no tiene.

– *James Ellroy, o el robo como terapia antinazi*

Y para citar un ejemplo más contemporáneo, pero no de letras hispanas, mencionaremos a James Ellroy, el célebre autor americano de novela negra, quien en su libro *Mis rincones oscuros*, tras cuya lectura uno piensa que esos rincones debían constituir toda la casa, confiesa también haber practicado la bibliocleptomanía. En el apartado que dedica a su infancia y juventud, que por cierto el otro ladrón Bolaño considera, sin duda de forma un tanto exagerada en el 2000 como “lo mejor que se ha escrito en literatura en cualquier lengua en los últimos treinta años”¹⁶, Ellroy se confiesa ladrón de libros. Así, bajo el epígrafe 1963 (Ellroy nació en el 48), el autor norteamericano nos describe de esta forma un estío bastante agitado:

15 Entrevista realizada por Gabriela Pedranti en febrero de 2006 para la web Dosdoce.com, sugerida por un bloguero que responde al nombre de *El último lector*.

16 Roberto Bolaño, *Entre paréntesis*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2004.

“El verano del 63 transcurrió borroso. Leí novelas de misterio, fui a ver películas policíacas, imaginé escenarios para crímenes y aceché a Kath en Hanopck Park. Robé libros, comida, maquetas de aviones y bañadores Hang Teng para vendérselos a surferos ricos. Mi pasión nazi se moderó”.

Ya ven, aquí Ellroy se distingue de los autores mencionados hasta ahora en que no sólo robaba libros, sino otros productos de lectura imposible; era, más que un ladrón de libros, un delincuente juvenil con afición a la lectura. Porque pese a la preocupación que puedan procurarnos esos robos, ésta queda sin duda compensada por la última frase: si al menos se le moderó la pasión nazi, unos cuantos hurtos nos parecen hasta bienvenidos. Claro que el chico no escarmentó, porque, según él mismo nos informa, en el 64 le detienen por robar, esta vez no primeras ediciones, sino seis bañadores, lo que excluía ante el juez, supongo, la justificación de haberlos robado para uso personal (sobre todo si eran de tallas distintas). Ya en el 66 la deriva del adolescente es un naufragio sin salvación, pues de nuevo él mismo nos describe de forma minuciosa los efectos que en su persona iba teniendo el consumo, que no debía ser menor, de Nembutal, Secibinal o la Dexedrina. En fin, que como ven el amigo Ellroy debió por fin escarmentar cuando le pillaron robando los bañadores, hizo acto de contrición y se dedicó de lleno a la dieta mediterránea. En cualquier caso, les recomiendo vivamente su libro, donde hace cualquier cosa menos practicar la autoindulgencia y donde, además de contar su vida, busca de forma infructuosa al asesino de su madre.

– *Ladrones españoles, botones de una larga muestra*

Pero si algunos de los escritores contemporáneos se han dedicado al robo además de a las anfetaminas, la costumbre no es nueva, tampoco en España. En un artículo publicado en el periódico *El País*¹⁷, Eugenio Suárez habla de dos escritores españoles conocidos por su afición: uno, César González Ruano, que “había formado una excelente biblioteca con los libros que tomaba prestados sin devolución y que sustraía”,

17 “Libros Robados”, artículo de Eugenio Suárez aparecido en el diario *El País* el 19-12-2005

siendo así gorrón y ladrón a un tiempo; y otro, Álvaro Cunqueiro, quien “daba sablazos para comprarlos y se apoderaba sin el menor remordimiento de los que no podía adquirir”. El autor cita un ejemplo personal enternecedor, que es el del escritor Eugenio Montes, que siempre que visitaba la casa de la familia política de Suárez se llevaba algún libro; y como le pillaron pronto, pero no querían perder su amistad (esta hipótesis es mía), antes de salir y sin que se diera cuenta, le registraban la gabardina para rescatar lo robado, siendo el cómo lo había logrado: “algo asombroso, mágico, en persona incapaz de enroscar una bombilla o efectuar la más sencilla operación manual”. Esta última aseveración no me la creo mucho, pues prefiero pensar que no era torpe para nada, simplemente reservaba sus habilidades para lo que le interesaba, como tanta gente que esconde cualquier habilidad manual por el simple hecho de que prefiere que otros lo hagan, cambiar bombillas, poner cuadros y hasta apagar la luz del baño. También condescendiente con los ladrones, Suárez termina el artículo con un arrebató de nostalgia, “me temo que hoy escasean estos fieles enamorados de la literatura”, en un ejemplo más de cómo hay quien defiende el robo como una extensión natural de la afición lectora, como si ya que nos parece bien que la gente se alimente de forma adecuada, nos pareciera también estupendo que dejaran de pagar la cuenta en los restaurantes.

De uno de los ladrones mencionados por Suárez, el muy atildado César González Ruano, encontramos una fantástica descripción en *La Novela de un literato*¹⁸ de Cansinos Assens, sin duda el mayor documento literario de toda una época, un fresco del Madrid poblado de entonces, con sus aspirantes a escritores, sus tertulias con humo negro y café malo, un Madrid gris y sucio, poblado de poetas con lamparones y escritores con deudas. Dejemos que Cansinos nos retrate a este singular y juvenil ladrón de libros:

“Antes de conocerlo y de recibir sus opusculitos, ya tenía yo noticia del joven César, que en breve espacio de tiempo se ha creado una notoriedad poco envidiable de invertido y cleptómano de libros y de relojes de mesa, y demás cosas

18 Rafael Cansinos Assens, *La Novela de un Literato*, Alianza Tres, Madrid, 1985.

portables... Una notoriedad poco envidiable para cualquiera, pero, por lo visto, envidiable para él, pues parece gozar con el gesto de escándalo que suscita su nombre y su presencia, y acepta con agrado las irónicas frases y los guiños malignos con que Pedro Luís de Gálvez lo define. Yo no puedo evitar cierto sentimiento de conmiseración a la vista de este adolescente precozmente pervertido o acaso simplemente calumniado por sí mismo, pulcro y reverberante de claridad juvenil, al lado del viejo hampón, sucio, con tipo de ex-presidiario, tufo de tahúr y gestos de borracho de vinazo vulgar, que lo muestra con la ufanía de una Celestina que hubiera cazado a una ingenua Melibea”.

Que Ruano, con esa fama de dandy decadente, si es que puede haber dandys que no lo sean, apareciera de la mano del hampón, al que Cansinos retrata con tal crudeza que parece que va a salirse de inmediato de la frase a darnos un sablazo, nos define mejor que cien documentales cómo era ese Madrid, un Madrid donde los libreros tenían prohibida la entrada a este Dalí sin pinceles. Sigamos con Cansinos:

“Cesar Ruano es un caso de cleptomanía. En la Feria de libros los libreros toman sus precauciones en cuanto lo ven llegar. Algunos le prohíben el acceso a las barracas o no lo dejan pasar de los tableros. Bataller sólo le permite manipular su sección de libros encuadernados, que no se prestan fácilmente al escamoteo; pero cuando el joven pretende pasar a la sección de libros en pasta, Bataller se interpone, extiende el brazo y le ruega, patético: –¡No me toque usted la rústica!...”.

Y claro, el que se aficiona al hurto y además no se avergüenza de ello, ya puestos, roba de todo, como el amigo Ellroy, aunque a este ejemplar hispano de bibliocleptómano no le diera por los bañadores Hang Teng; probablemente no era ese atuendo que uno pudiera procurarse en el Madrid de la época, lo suyo eran los relojes de mesa, y terminó, como nos informa Cansinos, por volverse muy popular. Acudamos por última vez a su prosa, de la que uno sale siempre reconfortado:

“A pesar de su extremada juventud –frisaré en los dieciocho– Ruano tiene un anecdotario tan copioso como esos viejos hampones literarios que se llaman Cubero, Sánchez Rojas y Pedro Luis de Gálvez. Se cuenta de él que muchas veces ya los libreros de viejo lo sorprendieron in fraganti y lo echaron

de sus tiendas a empellones, después de curarle la instantánea obesidad de los libros escamoteados. Una vez, cuenta Yagües, el editor, sus empleados lo detuvieron ya en el portal con un reloj de mesa bajo la americana. – Hombre señor Ruano..., un libro pase..., pero un reloj...”.

7. LA INTRABIBLIOCLEPTOMANÍA, EL ROBO DE LIBROS DENTRO DE LOS LIBROS

Puestos a rizar el rizo, citaremos también aquellos casos donde el robo de libros aparece en los libros, una actividad que bautizaremos como intrabibliocleptomanía, por ese proceso de añadir prefijos que nos permite acuñar voces interminables, como si fuera el alemán nuestra lengua y no el castellano. Ya hemos visto cómo tanto Ellroy como Bolaño, además de robar libros, utilizaron ese robo como material literario, cumpliendo con la regla que establece que toda narración es en el fondo autobiografía. En la patria de Ellroy hay otro autor, Saul Bellow, en cuya obra *Las aventuras de Augie March*, el protagonista roba libros, en este caso para venderlos. Y no es infrecuente encontrarnos con casos similares, como el de un reciente *bestia seller*, *La Ladrona de Libros*, donde una niña judía roba libros para salvarlos, o como en *Fahrenheit 451*, donde el bombero pirómano roba un libro, aunque ésa es obra que recibirá especial atención al hablar de la biblioclastia. También en la literatura juvenil hay ejemplos como el de *La Historia Interminable*, de Michael Ende, donde el protagonista roba un libro y es lo contenido en el mismo lo que da pie a sus interminables aventuras. Para volver a la literatura seria, otro ejemplo es el de un paisano de Fresán, Roberto Arlt, en cuya obra *El juguete rabioso*, los protagonistas roban una biblioteca en el primer capítulo, que lleva el significativo título de *Los ladrones*.

En fin, que no es extraño que, si el robo de libros se ha dado a lo largo de la Historia, también las novelas, que libros son, se hayan ocupado de él. Fuera de las novelas, hay un caso extremo, el de un libro que propone su propio robo, con

un título que es en verdad un imperativo. *Steal this Book*¹⁹, escrito por Abbie Hoffman, es (además de muchas otras cosas) una apología de la bibliocleptomanía que terminó por volverse en su contra, pues se convirtió él también en *bestia seller*; así veremos cómo los libros contra la bibliomanía o contra el coleccionismo excesivo terminaron por convertirse en piezas de colección. Abbie Hoffman es personaje que daría, como Gallardo, para escribir varios libros, una suerte de Gallardo sin orinal trasladado a los Estados Unidos de los años hippies. Considerado uno de los líderes del activismo contra sistema en USA en los años sesenta y setenta, fue detenido en varias ocasiones, entre otras por los disturbios en la convención demócrata de 1968, llevados a cabo con su grupo llamado los Siete de Chicago, algo así como los *Siete contra Tebas*, pero en los Grandes Lagos y con el pelo muy largo.

Y como el sistema que él quería destruir lo engulle todo, también a los antisistema, también él mismo terminó convertido en icono de esa época, como un personaje de cómic, uno de cuyos manifiestos o, más bien, instrucciones de uso es *Steal this book*, devorado también por el capitalismo, pues aunque muchos de los libreros se negaban a venderlo por el título, terminó en las listas de éxitos, y pese a que su primera edición es de 1970, sigue editándose aún hoy.

El libro no tiene desperdicio y, aunque incumplan el imperativo y lo compren en lugar de robarlo, su lectura es una delicia, pues pretende ser un manual (*es un manual*) para derribar desde dentro al sistema, donde hay desde capítulos sobre cómo robar (*Steal now, pay never*), sobre cómo procurarse todo tipo de cosas gratis (comida, muebles o ropa) o sobre cómo cultivar en casa tu propia droga, hasta otros menos simpáticos como el apartado que nos instruye sobre cómo fabricar un cóctel molotov también casero, receta en la que no falta de nada, incluido un Tampax. Junto con el manual de instrucciones, también abundan las recomendaciones, además de la que alberga el título, aunque ésa más que recomendación es exhortación. Entre los consejos, algunos brillantes y a la vez homicidas como el que reza: "*Avoid all needle drugs. The only*

19 Abbie Hoffman, *Steal This Book*, Four Walls Eight Windows, Nueva York, 2002.

dope worth shooting is Richard Nixon”, de naturaleza intraducible, pero que con un juego de palabras incita a no pincharse, recomendando que la única droga que debe pincharse (en inglés un chute es también un disparo) es Richard Nixon. En fin, un libro singular, la verdad, algunas de cuyas técnicas sobre cómo sabotear las líneas telefónicas o cómo robar son hoy obsoletas, pero cuyo espíritu libertario se mantiene. Un libro contra sistema que, como hemos visto, el sistema se encargó de engullir con el mismo poder absorbente que el Tampax del cóctel molotov. El pobre Hoffman con el tiempo se lamentaba de su suerte, había al cabo creado un monstruo, pues un libro concebido para derribar el poder terminaba en las listas de libros más vendidos.

Y es verdad, Hoffman y su libro estrella quedaron convertidos en anécdota, como la que cuenta que en el mítico festival de Woodstock salió al escenario a dar una arenga mientras tocaban los Who y Pete Townshend, el guitarrista de la banda, lo empujó fuera sin dejarlo terminar, o la menos simpática de su propia muerte, acontecida en 1989 a los cincuenta y dos años y tras ingerir 150 píldoras de Fenobarbital (seguro que se las prestó Ellroy), con nota de suicida incluida: “Es demasiado tarde. No podemos ganar. Se han hecho demasiado poderosos”. Una vida tan de película que filmaron una, la guinda que certifica que el sistema te ha deglutido y ya eres parte de él, ya estás circulando en su intestino. Fue en el año 2000 y con el gracioso título *Steal this Movie*, claro que la piratería no había llegado entonces aún a su apogeo, no creo que al productor le hiciera mucha gracia hoy. Pero, al menos, quede reseñado en este Breviario su *Roba este libro*, la mayor apología hecha nunca a la bibliocleptomanía, que le da derecho sin duda a figurar con honor en este capítulo. Terminemos con una cita que nos confirma que, pese a que el tipo estaba loco (sufría síndrome bipolar), no decía necesariamente tonterías: “La democracia se mide por la libertad que ésta da a sus disidentes, no por la libertad que da a los conformistas asimilados”. A Gallardo le habría gustado, sin duda.